

Dr. Rodrigo Dávalos.

Si 6082

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

26

Remigio Crespo Toral

NÚMERO EXTRAORDINARIO

LEYENDAS DE ARTE

CUENCA—ECUADOR

1 9 6 0



E861.4
si6082

Remigio Crespo Toral

m. l. 141250 (waj)

*E 805
U 48 P*

SI 6082

Homenaje en el Primer Centenario del Nacimiento del Príncipe de las Letras Ecuatorianas, Remigio Crespo Toral.

Agosto de 1860 — Agosto de 1960

REMIGIO CRESPO TORAL

SELECCION Y PRELUDIO SINFONICO
DE
RIGOBERTO CORDERO Y LEON

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"





SECRETARIA DE CULTURA

SECRETARIA DE CULTURA

REMIGIO CRESPO TORAL

LEYENDAS DE ARTE

La leyenda de arte es un género literario que surge en el siglo XIX, cuando los artistas se vieron obligados a justificar su obra ante el público. Este género se caracteriza por ser un relato ficticio que busca explicar el origen de una obra de arte o de un artista. En este libro, Remigio Crespo Toral presenta una serie de leyendas que exploran la relación entre el arte y la vida.

SECRETARIA DE CULTURA

Este libro es una obra de arte que busca explicar el origen de una obra de arte o de un artista. En este libro, Remigio Crespo Toral presenta una serie de leyendas que exploran la relación entre el arte y la vida.

100

Librería en el Museo Nacional de Historia Natural del Instituto de Historia de las Ciencias Exactas y Físicas de la UNAM

Agosto de 1988 - Aguascalientes

ROBERTO GONZALEZ Y LEON

de

ROBERTO GONZALEZ Y LEON

Agosto de 1988 - Aguascalientes



LEYENDAS DE ARTE
MEMORIO GREGO TORAL



SINFONIA DE LOS MARMOLES

ALLEGRO, MA NON TROPPO

Fue la luz en los mármoles....

Bellos de infinita belleza, perfectos de toda perfección, altísimos de honda altura, los mármoles comulgaron la luz....

La luz venia cantando su claridad desde los más remotos horizontes, trayendo en su esencia la esencia de las armonías que presiden la marcha de los universos... La luz venia desde cuna creadora de transparencias, desde donde es pensamiento de luz, sueño de luz, poema inextinguible de la fuente absoluta de la luz....

Fue la luz en los mármoles....

Los mármoles se confundieron con la luz, se prendieron más hermosamente todavía de luz... Los mármoles que en si mismos definían la maravilla pura de la luz se tornaron de mayor eternidad en luz...

El beso de la luz por medio de la Voz dió nueva claridad a la claridad de los mármoles: ellos vivieron desde siempre, desde antes del tiempo, desde que fueron ensueño en el poema cósmico hasta el ensueño del poema del Creador.... Los mármoles hallaron luz por mandato de la Voz Luminosa.... Los mármoles crearon su propia e íntima luz que había de ser una y misma con la luz que traían en su seno viajero los horizontes....

Los mármoles se encendieron de más luz, se incendiaron de más luz, hasta tal punto que las más altas cumbres acariciadas por la luz fueron ante ellos oscuras y el viaje mismo de la luz sufrió timidez ante su deslumbrante blancura....

Fue la luz en los mármoles.... La luz divina y humana, la suprema luz, la luz esencial, la luz infinita, la luz absoluta....

Los mármoles creadores y besadores de luz sintieron el milagro de la blancura que está más allá de la blancura.... Los mármoles fueron como pétalos de la flor de la luz, de la inmensa flor que crea la luz, de la eterna flor que florece la luz.... Y, sin embargo, fueron más que la flor de la luz: el poder de florecer la esencia, el aroma, la fragancia de la luz....

Los mármoles guardaron la luz al mandato de la Voz, la guardaron tan sólo el instante suficiente para luego entregarse en eternidad.... Del instante hundido de la luz en la luz nació la luz que no ha de acabar....

Los mármoles bebieron tanta luz hasta sentir el

verdadero mandato de la luz: sea inmensidad, sea perfección, sea eternidad.... Los mármoles amaron de verdadero amor la luz, y por eso florecieron nuevamente la luz: al propio tiempo que se iluminaban mucho más de la luz que llegaba en plan de deslumbramiento, desde lo más íntimo de sí mismos entregaban el puro milagro de la luz, de su luz, de la eterna luz....

Fue la luz en los mármoles.... La luz que era sólo parte de la luz bellamente hundida en la blancura luminosa de los mármoles, la misma luz soñada por los mármoles y hallada por la luz en la cuna de los universos....

Fue la luz en los mármoles....

ADAGIO

Hay sangre en los mármoles.... Hay sangre bellísima en los mármoles.... Una sangre de estrellas, una sangre clara, una sangre que circula estelarmen- te, una sangre que es savia de las más blancas blancuras....

Hay sangre en los mármoles, sangre resplandeciente, transparente sangre que lleva en su corriente de total armonía el sentido máximo de la diafanidad, sangre de aroma puro, sangre que pudiera elevarse a los cielos más altos para tornar más bellamente clara la claridad de todos los distantes horizontes....

De pronto, en las cuencas de los mármoles, guardadoras de eternidades en pensamiento, nacen unas pupilas.... Unas pupilas más bellas que el cielo del

medio día. . . . Unas pupilas más bellas que el cielo todo él meditación de la noche infinita. . . . Las pupilas profundizan hondas profundidades, cunas de los bellos secretos: cómo nace la flor o cómo nace la estrella. . . . Unas pupilas todas alma, todas traducción del alma. . . . Unas pupilas que cantan o piensan, que acarician o meditan, que besan o que se llevan en su esencia el destino en el temblor de los temblores. . . . Unas pupilas que miran tan de cerca que causan asombro en su cercanía de luz clara o de obscura luz. . . . Unas pupilas que miran tan de lejos que causan inquietud por su destino de misterio sin límite posible o imposible. . . . Unas pupilas en donde se quedaron los lagos de las serenidades y los mares de los espantos, las aguas de los rocíos y las aguas de las tempestades, las fuentes donde el aire hunde sus manos para encontrar recuerdos y donde el tiempo hunde sus manos para encontrar infinitos. . . . Unas pupilas con el agua dulcísima del río o con el agua atormentada del mar, con la llama exquisita que incendia los cálices en amor de perfume y con la llama profunda que incendia el alma en amor de conocimiento. . . . Unas pupilas con el fuego que quema bellamente, con la tierra de la tierra y con la tierra de los soles y las estrellas, con armonías como las arboledas recién florecidas de trinos o con armonías recién despeinadas de la noche totalmente pensativa hacia todos los siglos de los siglos. . . .

De pronto, en los labios de los mármoles, besados por el beso del tiempo sin tiempo, se dibujan unas sonrisas de admirable pulcritud helena. . . . Unas sonrisas dulces como los mármoles nacientes o trágicas como los mármoles que no pudieron morir para las resurrecciones luminosas. . . . De pronto, los labios

de los mármoles dicen en sus silencios humedecidos de eternidad palabras que parecían haberse perdido en el paso de las edades y que, no obstante, estaban apenas guardadas por el seno de las edades para ser pronunciadas por los labios de los mármoles perfectos y eternos. . . . De pronto, los labios de los mármoles pronuncian esas cosas que parecían haberse sepultado en el tiempo y que son esencia misma del tiempo y símbolo de la eternidad del tiempo. . . . Los labios dicen al oído del alma las mismas palabras que pronunciadas en labios de los hombres les enseñan el secreto de los dioses. . . . Unas palabras que se vinieron en las brisas y los huracanes, en alas de los aromas y los cataclismos, en alas de la luz y de la sombra, en alas de la vida y de la muerte, en alas de lo actual y de lo eterno. . . .

De pronto, en la frente de los mármoles comienza a transparentarse el pensamiento. . . . En la frente iluminada son la luz y la noche, el sol y los luceros, en palpitations de constelada teoría mucho más bella y cierta que las remotas constelaciones temblantes de distancia. . . . De pronto, en la frente de los mármoles se inicia el desfile de los días y de la eternidad: en cada día hay tanta luz perenne que lo eterno nace sutilmente de lo que parecía transitorio, así como la sombra acuna la verdad de la luz. . . . La frente de los mármoles es un canto de luz. . . . La frente de los mármoles es cumbre de las cumbres, brillante a lo que no ha de acabar. . . .

La frente de los mármoles se aroma con los pensamientos diáfanos o se agrieta con el cataclismo de los hondos pensamientos. . . . La frente de los mármoles goza de verdadero gozo con lo humano de un

solo aroma o de un solo beso de luz, o sufre verdadero sufrimiento con lo divino de una sola meditación en lo humano.... La frente de los mármoles es más horizonte que los horizontes, más vuelo que todo vuelo, más altura que esa altura soñada por donde se piensa hay un vuelo de alas celestes maravillosas.... La frente de los mármoles, fuente del pensamiento, ilumina todo el cielo y toda la tierra....

Hay sangre clara en los mármoles.... Hay sangre clara en la vida eterna de los mármoles.... Hay llama clara de sangre clara en las pupilas, en los labios, en la frente de los mármoles.... Toda esta sangre que parecía ser vida en la vida se aquieta de asombro ante la sangre diáfana de los mármoles.... Todo este circular de vida que parecía ser la verdad es tan sólo sombra ante el circular de sangre de estrellas en los mármoles....

De pronto, el pulso viviente es apenas el último pulso ante el pulso divino de los mármoles.... De pronto, por un milagro transmigratorio, la vida de hoy se integra totalmente a la vida de los mármoles....

Hay sangre verdadera de eternidad en los mármoles.... Hay sangre verdadera de inmortalidad en los mármoles.... Hay sangre constelada en sus propias e infinitas constelaciones en los mármoles....

Los mármoles miran más allá de las miradas, sonrien más allá de las sonrisas, iluminan más allá de las iluminaciones.... Hay sangre humana y eterna sangre divina en la vida de los mármoles....

Desde el alma de los mármoles se eleva la divinidad.... Desde el alma palpitante de los mármoles

se eleva la divinidad.... Desde el alma palpitante de los mármoles se eleva la divina divinidad....

MOLTO VIVACE

Los mármoles toman cielo.... Los mármoles toman cielo.... Los mármoles toman cielo....

Pierden su destino de belleza sobre la tierra, a flor de tierra, al amor maravilloso de la tierra....

Se van poseidos del más allá, por su luz, por la llama íntima de su luz, por la honda llamada de su luz....

Los mármoles hacia el cielo.... Los mármoles hacia el cielo.... Los mármoles hacia el cielo....

Hacia la altura, hacia la nube, hacia la inmensidad....

Hacia lo indefinible por bellamente distante.... Hacia lo inefable por bellamente musical....

Hacia el cielo del cielo y hacia el cielo de su cielo....

Hacia donde es la luz pura y verdadera.... Hacia donde es el alma de los mármoles en la sutil esencia de blancuras de la luz....

Los mármoles levantan levedad.... Los mármoles levantan levedad.... Los mármoles levantan levedad....

Son más nubes que las nubes.... Son más nubes que las nubes.... Son más nubes que las nubes....

Son más soles que los soles.... Son más soles que los soles.... Son más soles que los soles....

Son nubes que detuvo apenas un instante la belleza junto al agua y los montes y los trinos y las fragancias....

Vuelven a ser soles mayores que mide apenas la luz.... Apenas medidos por la luz.... Apenas medidos por la luz....

Hacia donde reina la claridad, hacia donde reina el aroma, hacia donde reina el nido de las alas....

El cielo es todo alas para los mármoles.... El cielo ha florecido todo en alas para los mármoles.... Y las alas del cielo apenas baten la más alta brisa para los mármoles, para la inmensidad de brisa eterna batida por los mármoles....

Hacia donde fue la primera palabra de los mármoles.... Hacia donde se encumbró el primer pensamiento de los mármoles.... Hacia donde del soplo divino nació el alma de los mármoles....

En desafío al sol.... En desafío al sol.... En desafío al sol....

Los mármoles pasan sobre el sol, desoyendo su llamada de fuego esencial porque en su alma mode-

lada del fuego esencial hay más soles, más altos soles, más eternos soles....

Los mármoles bañan la luz de su luz.... No obstante las luminosidades florecidas para su paso supremo, los mármoles tienen más luz y desde su hondura más honda entregan luz a la luz....

Hacia la patria de la luz, que está más allá, más allá, más allá de la luz.... Hacia donde se inicia verdaderamente la luz, el milagro de la luz, el eterno milagro de la luz....

Los mármoles constelan los cielos de belleza.... Las nubes se retiran a su paso o apenas si se humillan para ser besadas por los pies de eximia blancura leve de los mármoles....

Las nubes tienen feliz felicidad al ser besadas por las plantas impolutas de los mármoles, por las plantas deslumbrantes de los mármoles, por las plantas eternas de toda eternidad de los mármoles....

Los mármoles sueñan el verdadero cielo.... Los mármoles crean el verdadero cielo.... Los mármoles eternizan el verdadero cielo....

Los mármoles definen el hondo cielo.... Los mármoles construyen el hondo cielo.... Los mármoles diafanizan de toda diafanidad el diáfano cielo....

Hacia lo indefinible, hacia lo imponderable, hacia lo eterno....

Hacia lo diáfano, hacia lo esencial, hacia lo cósmico....

Hacia lo perfecto, hacia lo absoluto, hacia lo divino....

Hacia lo inmortal, hacia lo inmortal, hacia lo inmortal....

Los mármoles tienen levedad de soplo divino...
Los mármoles tienen eternidad de soplo divino....
Los mármoles tienen divinidad de soplo divino....

Hacia el cielo de los cielos.... Hacia el soñado cielo.... Hacia el amado cielo.... Hacia el imposible cielo....

Ninguna mano humana detiene el paso de los mármoles.... Ningún amor de tierra detiene el paso de los mármoles.... Ningún beso de luz conocida detiene el paso de los mármoles....

Son divinos.... Son divinos.... Son divinos...

Orígenes de la luz.... Fuentes de la luz.... Astronomías originales de la luz....

Dueños eternos de la luz.... Poseedores eternos de la luz.... Dadores perfectos de la luz....

Luminosos en sí mismos.... Luminosos en sí mismos.... Luminosos en sí mismos....

Con alma toda en luz... Con alma toda en luz...
Con alma toda en luz....

Los mármoles toman cielo.... Los mármoles toman cielo.... Los mármoles toman cielo....

Hacia la Luz... Hacia la inmensidad de la Luz...
Hacia la eternidad de eternidades de la Luz....

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

... como fuente de inspiración...
... en la noche postera...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...

... como fuente de inspiración...
... en la noche postera...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...

... como fuente de inspiración...
... en la noche postera...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...

... como fuente de inspiración...
... en la noche postera...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...

... como fuente de inspiración...
... en la noche postera...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...

... como fuente de inspiración...
... en la noche postera...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...

EL REQUIEM DE MOZART

... como fuente de inspiración...
... en la noche postera...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...
... el Genio su mandato...
... En la vigilia...
... de la postera noche...
... el postro canto...
... ensaya y vivirá...

¡Ay inconstante carro de los años,
cuan presto hacia la meta precipitas
la polvorienta rueda!...

El Peregrino
saltó al umbral... En misteriosa cita,
habló al Genio, y le dijo:— Vendrá luego
la Muerte, hermana tuya: en la vigilia
de la noche postera, el postro canto
ensaya; y vivirá la melodía
de tus solemnes horas, como vive
el humano dolor.

II

¡Cuan infinita
la tristeza en la tarde, que preludia
las solitarias sombras que se inclinan
sobre la tierra muda!... El aura llega
cual de las tumbas gemebunda y fría;

como fuente de lágrimas, el agua
ondas de llanto empuja entre las guijas;
y en la pelada senda hojas con hojas
al aliento otoñal se arremolinan,
cadáveres del bosque. . . . —Vendrá luego
la Muerte, hermana tuya.— Así decía
al Genio el Peregrino, y escuchaba
el Genio su mandato.— En la vigilia
de la postrera noche, el postrer canto
ensaya, y vivirás.—

EL REQUIEM DE MOZART
Cuán pronto brillan
las antorchas eternas! ¡cuán en breve
se vuelca el raudo carro de los días
sobre el polvo y las hojas que el Otoño,
con matador aliento, arremolina!

III

Al acabar la escena, tras los goces
de fama loca, de fortuna altiva,
lengua de lo alto:— ¡Qué en la paz descansel,
dice y repite, en oración tranquila.

En paz descansen timbres de la gloria,
laureles y blasones que fascinan!
Todo en común rueda a la fosa; luego
que la tormenta por la mar sombría
lleva su enojo, entrégase al reposo
la mar, y empuja las dormidas linfas,
en la arena, halagando del naufragio
los lastimeros restos.

¡Ay la vida!,
¡qué grande, grande en ansias inmortales,
y en sus penas y sombras infinita!
El Genio así pensaba; y el poema
del fin adusto, de la pena antigua,

de la austera esperanza, nota a nota,
con majestuosa inspiración crecía;
mientras la voz del triste Peregrino,
del recuerdo en los ecos repetida,
—Canta, decía, por la vez postrera:
la Muerte, hermana tuya, se avecina—

IV

Inerme y melancólico gigante,
en la mitad del canto y de la vida,
fue herido el Genio. . . . Ensayá sobre el lecho
los clamores de su última elegía.
Agonizante, brota de sus labios
de la noche la música divina,
la humana angustia que imprecando gime,
el dolor que a los cielos desafía,
sollozos en la lucha y la derrota,
los roncos ecos de la helada orilla.

La Muerte viene. El Genio se adelanta,
soberbio aunque doliente, a recibirla.
Pálido con la lumbre de occidente,
son dos ajados lirios sus mejillas.
Mas, fuerte por la voz, por el aliento
del espíritu audaz, que aunque declina
el himno entona de la pena; el himno
do el hombre enseña la incurable herida,
do la esperanza en plácidos acordes,
el ritmo copia de la mar tranquila.
La estancia, como un coro de los cielos,
de estruendo arrobador estalla henchida;
melancólico el órgano sonoro
cruje con apacible melodía;
y helado pasa el soplo de la muerte
en ese gran poema, que palpita
con las eternas ansias, que ardoroso
se rebela, suplica y se resigna.

¡Oh poema inmortal! Allí el espanto,
gritos como del mar; las rotas fibras
del angustiado pecho; del humano
terror los ecos todos; las antiguas
dolencias del espíritu; alaridos,
clamores del infierno; la enemiga
asechanza del mal, y las tremendas
iras de Dios, las majestuosas iras....
El silencio, la suerte de las almas,
el fallo horrendo en el solemne día:
¡todas las sombras de la humana mente,
las penas todas de la humana vida!....
Después, de la esperanza y la promesa
luzes y flores, preces y armonías;
la muerta humanidad regenerada;
en las tumbas la carne redimida;
castigo justo, galardón eterno;
luz del oriente, sempiterno día;
majestad que las almas anonada,
cántico de la tierra prometida....
¡Resurrección!.... El Cielo sin ocaso,
¡todas las luces de la mente humana,
los goces todos de la eterna vida!....

V

La estancia aún resuena.... Canta el Genio,
transfigurado canta.... Frente altiva
la suya, cual de un Dios, prevaleciente
se endereza, a la muerte desafía,
Vencerá de los siglos la inconstancia
el gran poema que a la eterna orilla
lleva plegarias, y al dolor devuelve
la esperanza de paz, la fe tranquila.
Cuando al fin, como llama moribunda,
que, al extinguirse espléndida se aviva,
el Cantor arrogante alzaba al cielo
la frente, abierto el labio a las sonrisas;

oyó decir, en sigilosa nota:
—Ya tu hermana la Muerte se avecina—.
Y aparecióse el viejo Peregrino,
allá, por la brumosa lejanía....
Alzó el Genio las manos, la cabeza
hundió en el lecho, el ojo en la infinita
visión; luego lanzó de la esperanza
el grito y el apóstrofe, y su vida,
cual acorde de una arpa que en los aires,
trémulo, imperceptible se perdía,
se apagó, mientras en la estancia yerta,
—¡Descanse en paz!, los ecos repetían—.

LOS RUISEÑORES DE ORFEO

Murió el Tracio a la venganza
de las Bacantes bravias:
turbó la lira sus juegos,
el canto las perseguía.
Ellas en siniestra danza,
de furor enloquecidas,
arrancaron la cabeza
del Vate y su ebúrnea lira;
y juntas las arrojaron
del Ebro a las turbias linfas,
a que avancen, a que lleguen
a la ribera marina.

Cantos del muerto poeta,
sones de su ebúrnea lira
a las montañas saludan
de las riberas floridas,
do ruiseñores de Orfeo
vagan en la selva umbria;
y del nombre de su Amada
se oye la dulce armonía,
que el muerto poeta nunca
a su muerto amor olvida.

Y la lira y la cabeza
al fin a la costa arriban,
y muchedumbres acuden
para escuchar su armonía.

La cabeza del poeta
salvan de las turbias linfas,
y luego en tierra la ponen
bajo las ramas floridas
de un bosque que el linde cierra
de la ribera marina.
En el Apolineo templo,
del altar, cuelgan la lira;
la que domó la aspereza
de las tormentas bravias,
la que a las fieras del campo,
congregó a su voz rendidas,
la que se abrió al orco entrada,
por devolver a la vida,
a la Amada del Poeta
que la canta todavía.
Desde entonces, en la playa
del mar las musas habitan;
y en el Apolineo templo
sueña en la noche la lira,
y en el sacro bosque, asilo
de las Musas compasivas,
la cabeza del poeta,
bajo unas ramas floridas,
con el inspirado aliento
de un Dios inmortal, da vida
a un nido de ruiseñores,
que en perpetua melodía,
con el ritmo de sus cantos
pueblan la selva tranquila;
cuando a la luz de la luna,
sobre la tumba escondida
del Tracio, quejas estallan
con tormentosa armonía,
a la que responden tristes
del Ebro las turbias linfas;
y en los altares de Apolo,
la inmortal, la sacra lira!

LOS ÚLTIMOS PENSAMIENTOS DE WEBER

¡Es la hora final! La muda estancia
invade helado viento del ocaso.
Escúchase medrosa resonancia,
allá a lo lejos, de incipiente paso;
y vacila una luz en la distancia.

Este terrible instante ¡cuan solemne!
lo inmóvil, lo dudoso, lo infinito,
de las almas la vida en lo perenne
y de la vida rebelada el grito!

¡Qué calma en torno, majestuosa calma!
preludio de la noche y del misterio!,
el alma se despide, y gime el alma
por la carne en que tuvo cautiverio.

Adiós, oh luz! espíritu del mundo,
de los alegres cielos mensajera!
¡No para mí, en el ámbito fecundo,
derramará tus flores, primavera!

Forcejeando en la lucha congojosa,
la diestra alzada en rebelión al cielo,
ver no quisiera la cercana fosa,
casi arrancado, cual raíz, del suelo.

Con el rudo sollozo hirviendo el pecho,
con el dolor supremo el labio mudo,
por Dios vencido, en ansias de despecho,
¡tierra y cielos, os amo y os saludo!

En la orilla doliente marinero,
un pie en la nave y otro pie en la playa,
medito en lo insondable del sendero
y quebrantado el corazón desmaya.

¡Ay! ¿dónde cabrás ya, dolor inmenso,
en la carne— este paso de la muerte?
Por fin, deshecha con tu soplo intenso,
la clausura del alma, se liberte.

Pero, un momento, el postrimer momento
concédeme, feraz Naturaleza!
Besaré el suelo que me dió sustento,
y hora la paz me ofrece de la huesa.

Sentiré la muriente llamarada
de la luz en mis ojos; la postrera
gota de agua, en mis labios; luego ¡nada!
Una hoja de la frágil primavera
irá a las ondas de la mar airada.

¡Torcedor en el pecho! sombra y frío!,
después algo cual vértigo! y el paso
de la muerte en el ámbito sombrío
y la última centella del ocaso!

Del horizonte en el oscuro fondo
una línea de llama! intensa y luego,
adusta voz me nombra, y yo respondo;
y se agranda ese límite de fuego....

¿A dónde iré? Pero, la luz divina
serena enciende el cielo en el oriente!

los ojos cual crepúsculo del día
Ángel risueño de su cielo ausente,
la blancura de nieve de la cumbre,
mostraba en la azucena de su frente.
Salía de su espíritu la lumbre
a los húmedos ojos, y —Suspira—
su faz toda decía... Servidumbre
de tan pura belleza, que así inspira
la invencible pasión de nombre y gloria,
que en alto suena como ebúrnea lira!

Y vuelve, ante esa soledad mortuoria,
de una escena de horror nunca olvidada,
el cuadro, del Poeta a la memoria...
Recuerda!... Aquel botón que no dió entrada
sino al rocío en la entreabierta boca,
iba a entregar su gracia inmaculada...
Llegó el Poeta... Con la fuerza loca
del genio henchido de imperioso fuego,
vió, en la fiesta nupcial, la blanca toca.
Y a ese amor de su infancia, casi ciego,
disputar intentó: su grito insano
lanzó la imprecación, la queja, el ruego...

Y a esa flor de sus sueños otra mano
arrebató. Los resplandores rojos
del furor la encendieron; soberano,
estallando en olímpicos enojos,
el sollozante adiós ensayar quiso;
echó sobre ella el mundo de sus ojos
y el fulgor de su cólera improvisó.
Pero, en vano— a la vista del Poeta
la puerta le cerró del paraíso...

Horror! Sintió, como postrado atleta,
implacable el sarcasmo de la suerte;
y huyó, llevando adentro la saeta,
como león herido... Pero, fuerte,

se irguió, después, pasada la tormenta;
y aguardó... la venganza de la muerte.

La Muerte, aquella majestad sangrienta,
le devolvió su amor. —Hoy eres mía—
murmura, y a la lumbre macilenta
de los pálidos cirios, la sombría
estancia cruza; y el Poeta ahora
llegar siente a su hermana poesía.

Alma que asciende, espíritu que implora,
deshecha la terrestre vestidura,
va ciego en pos de la beldad que adora.
Y el gran viaje emprende. Es la locura
del dolor, la soberbia airada y fuerte,
que en incógnitas sendas se aventura.

Audaz como las águilas, convierte,
a otros mundos el vuelo. Blanco y tierno,
pero más poderoso que la muerte,
el viejo Orfeo espera, en el Infierno,
viva encontrar a la perdida esposa,
por él amada con amor eterno...

No la halla, al visitar la tenebrosa
mansión, no en los senderos de la pena.
Es la santa, la púdica y radiosa
flor del Edén, que habita en la serena
ciudad de paz, la espiritual morada,
que con su luz la Omnipotencia llena!

El Genio, la belleza inmaculada
de la que amó contempla; la áurea llave

a las místicas cumbres dale entrada.
Y, ateridas las alas, como el ave
cansada de volar, casi sin vida,
de su existencia y celsitud no sabe.

.....
¡Es un instante de años, la subida
al mundo de las cumbres, repentino
viaje hacia la gloria prometida.

¡Oh grande, afortunado peregrino,
anegado en oceano indeficiente,
vió la faz del Espíritu divino!

Ya la primera lumbre amaneciente,
pasando por los vidrios de colores,
derrama el iris en la nivea frente
de la muerta que yace entre las flores;
y sorprende después— que está dormido
el gran Poeta,— su pupila ardiente.

Ya despertó el Poeta, que ha traído
la amada, la magnífica hermosura,
devuelta por el llanto y el gemido....
Estatua del dolor! la noche oscura
huellas dejó de sombra en su semblante,
rota quedó en su cuerpo la armadura.

Adusto y melancólico gigante,
sobre sus alas de águila aterida,
trajo a la tierra, de región distante,
del misterio las cosas sin medida,
del numen la potencia engendradora
y la savia inmortal de nueva vida.

y la contesta sereno * termina
que un rugido * * *
—La paz, la paz, hermano!

No es Poeta! Es un dios que siente y llora
con esta enferma humanidad que gime,
al estallar del arpa redentora.

Y su poder de majestad sublime
como en erguido pedestal reposa;
y Dios el sello en su Elegido imprime:
sobre su frente, la penumbra hermosa
de las pálidas noches; en sus ojos,
de la vida inmortal la luz medrosa.
Allí se juntan: resplandores rojos,
los surcos de las lágrimas profundos,
de la ignición de un cráter los despojos.
Y en su boca, do rugen iracundos
los genios del dolor, rayo que quema,
e late el amor, esa alma de los mundos.

Y llenará con voz, honda y suprema,
con ritmo excelsó y majestuoso verso,
poema de los siglos —su poema,
en la Fe y en la Vida —el Universo!

A las puertas del momento
golpes aúta que están golpeando
—¡Ay!— el alma con influjo de lampara
y su mirada sobre el momento

—Ay!— el alma que busca
dice desde la luz

En el Monasterio

Cual tronco destrozado por el rayo,
quebrada sobre el pecho la cabeza,
a las puertas está del Monasterio,
donde termina el mundo y Dios empieza:

Sus náufragas pasiones aun estallan,
y sus plantas parece que batallan:
todas corrieron las humanas sendas
y la tortuosa cuesta de la vida.
¡Qué dolor en las múltiples contiendas,
y al coronar el monte, la caída!

Y, fulgurando resplandores rojos,
pues midieron el cielo y el abismo
y la ciudad doliente,
centellean sus ojos
con el solemne rayo de occidente.

A las puertas llegó del Monasterio:
golpea adusto, cual titán golpea.
—¡Abrid— clama con ínfulas de imperio;
y su mirada audaz relampaguea.

—¿A quién buscáis?— el monje franciscano
dice, desde la reja;

y le contesta acento soberano,
que un rugido semeja:
—La paz!, la paz, hermano!

Y ese gigante a su dolor rendido,
aun soñador y loco,
rodando por los claustros halla, a poco,
en la celda el silencio y el olvido.

Mas, esa noche sueña
con el fastuoso batallar horrendo;
y a sus pies mira el mundo que desdenea,
y escucha en torno el popular estruendo.

Llega el alba: el silencio le atosiga.
el mar de su pasión la celda azota;
teme el olvido, la quietud le hostiga,
ansia nueva lid tras la derrota.

El caos quiere que la mente abruma,
del mar y las tormentas la plegaria,
incienso de la selva que perfuma,
oración de la costa solitaria.

De allá, de lejos, viene
su pasión rebelándose en tumulto:
su alma sólo en la lucha se mantiene,
quiere del genio el rumoroso culto.

Ansía, desde el puesto ambicionado,
el rebaño empujar de sus amigos....
Ah, si él viera, de lauro coronado,
a sus pies los rebeldes enemigos!

Sacude adusto, cual titán, la reja
con poderosa mano;

y oye, mientras se aleja:
—¡idos en paz, hermano!

Y, salvando la puerta,
en los senderos del dolor se arroja;
y a la gloria despierta,
y de la gloria a la febril congoja.

¡Otra vez fiera lucha!
La envidia ciega, la sangrienta senda,
el odio que no escucha,
el juez que rasga la sagrada vendal....

Mira: y, sintiendo el aguijón eterno
del genio altivo, hacia las selvas huye:
ve otra vez las moradas del infierno,
y celestes alcázares construye.

En el pinar desierto,
junto al mar, su mirada centellea;
y en el oscuro bosque, como un muerto,
junto a las turbias olas se pasea.

¿Después?... Estatua de templado bronce,
se quiebra con estrépito en la lidia:
le aclama el Odio entonces,
le perdona la Envidia.

Y, como un sol, en lo alto se levanta,
abriéndose en el cielo ancho camino,
la gloria que no acaba y se agiganta
del más grande mortal —DANTE el Divino.

III

La Estatua

—No tengo yo de tu adorado suelo,
sino el aire y la luz, Florencia ingrata.
Tierra de la hermosura y la falsia,
cuando yo muera, me conceda el cielo
no dormir en tus brazos!—

Se desata
en frase ardiente así, cuando la fría,
blanca ceniza cubre su cabeza,
el gran Poeta.... Espiritual belleza,
la del sol en ocaso, le ilumina.
La robusta corteza
de los años cubrió la regia encina;
y, al pie del árbol, duermen
las hojas sueño eterno,
mientras reposa indestructible el germen
bajo el pesado manto del invierno.

¡La Patria! Gran Poeta,
dura madrastra te oprimió a su seno
con caricias de hiena: no comprende
la muchedumbre, a esclavitud sujeta,
al genio, hijo del trueno,
que, en los peldaños de la cumbre, asciende.

¡Espera, oh Vate, espera!
En el bronce que el Arte dignifica,
rendirá el Arte culto a tu memoria;
vendrá, de flores y permufes, rica
la ansiada primavera de tu gloria.

*
* *

Reposa, al fin, en extranjera huesa:
le aplasta el mármol de los siglos: sólo
su arpa que a las edades embelesa
suenan inmortal, del ecuador al polo.
Así le cupo al Genio peregrino
que, en la noche, en el caos, en la oscura
selva encontró el camino
que conduce hasta el Sol de la Hermosura.

* * *

Mas, en tu seno ya, bella Florencia,
en ademán gallardo,
símbolo de la humana inteligencia
se alza la estatua del divino bardo.
La cerviz inclinada, siente el peso
de la vida inmortal: abrió en su frente
surcos el rayo del dolor: el beso
de encendido carbón posó en su boca,
donde llama voraz se esparce ardiente,
como de un cráter en la negra roca.

¡Es él! De las edades el profeta,
el soñador del cielo y del abismo,
el inmenso Poeta,
grande, grande tan sólo... como él mismo!

Ya sobre el alto pedestal descuella;
sobre la turba su grandeza encumbra.

Mas, se oye que resuella;
la aureola en torno su cabeza alumbrada;
en los rugosos labios se adivina
el último clamor del anatema;
su mirada fulmina
la luz de los relámpagos, y quema.

Que su furor parece
que, adentro, el bronce agita,
en fiera sacudida se estremece,
que el Genio, el bronce habita.
Sobre sus ojos véase
súbita arder la fugitiva llama:
es su alma de los cielos descendida
que, otra vez, piensa y ama,
y renueva el tormento de la vida
y las dolientes ansias de la fama.

La multitud medrosa
huye del bronce a que el Poeta anima
con su aliento vital, que no reposa
y en olímpicas iras se sublima.

*
* *

Un día, de Florencia en el risueño
cielo, extiende sus alas la tormenta.
Sacude el monstruo destructor su sueño,
el rayo estalla, el huracán revienta...
Y en la vaga penumbra
de la siniestra tempestad, el bronce
del Poeta se alumbrada
con la luz del relámpago.

Y entonces,
vacila el pedestal; se escucha el grito
de alguien que ruge entre las sombras fiero;

y la estatua del ciclope altanero
rueda sobre las losas de granito...

* * *

¡Es el rayo tal vez!— Florencia triste,
el furor de tu Vate es la tormenta
que el simulacro quema.

¡Que venciste,
Poeta; que vengada ya tu afrenta,
hoy tu enojo domina,
más que tu fama! Ahora
¡tierra de la hermosura y la falsía!
Florencia en vano su desvío llora!

¡Ay de la patria que enturbió los días
del Poeta! ¡Baldón para su historia!
Su culto son las mustias elegias
que lloran las nostalgias de la gloria.



DESOLACION

(Leopardi)

Filtro sutil, esencia embriagadora,
sueño feliz que en amorosos lazos
das la misericordia de la muerte;
en la horrenda inquietud ¿quién no te implora;
y en la prisión de seda de tus brazos,
no ha sentido que un dios al pecho vierte—
con aromas— el bálsamo?

¡Bendita
la Muerte si a tu calma se asemeja!
¡Oh Muerte, sueño que el dolor no agita!
¡Oh tálamo de amor, en que la Duda,
la Pena vigilante,
la Pasión loca entréganse a la muda
quietud; y allí se apaga —eco perdido—
el Dolor, en la nada del olvido.

¡Olvido!... ¿Véis la trémula laguna?
Su sombra inclinan empinados montes
sobre su espejo, al rayo de la luna
que acerca los lejanos horizontes.

Nadie sigue mi paso. ¿Quién me escucha?
La soledad, la amiga y compañera...

¡Adiós, de fama inacabable lucha!....
¡Adiós, codicia de vivir artera!....
Por fin, mi barca a solas,
deslizaré, por las calladas olas....

Con la penumbra vago
a la plácida luz de las estrellas,
en el desierto lago.
Es el último asilo,
do el remo nunca dejará sus huellas
para una fama muerta y fementida;
para una vanidad, la de la vida!

No flores mentirosas
darán el tenue aroma de la fama:
con la breve estación mueren las rosas,
y en ceniza se trueca
del culto al genio la voluble llama.
Gloria, frágil sonrisa de los cielos,
presto, marchita rama!
¿Qué eres, al fin, sino inquietud y celos?
La tempestad humana
por tu afán se desata; y eres vana
como las cañas huecas:
ludibrio de la brisa, mies temprana,
turbión sonante de las hojas secas.
Hoy el laurel corona
la escarnecida frente;
mas, rodará en el polvo, do amontona
muy presto aquella inútil hojarasca,
que del tiempo a la rápida corriente
empuja la borrasca.

Imágenes de luz engañosas
son, nada más: cual siempre indiferente,
el Tiempo lanza el carro de las horas,
callado o no sentido.
Y allá por las oscuras alamedas

se aleja, sin ruido
de las gastadas ruedas;
y cae todo al río del Olvido.

¿Qué más para la loca
humana vanidad? Campos helados,
nieve pampa desierta,
árboles negros, dentellada roca,
bosques como fantasmas desolados;
¡la primavera muerta!

¡Si el olvido no fuera
último puerto al viajar adverso
en esta muerte de vivir, yo mismo,
en la agonía, en la ansiedad postrera,
me lanzaré a la faz del Universo
del áspero peñón, hacia el abismo!....
Mas, Olvido, te espero!
Mataré la ingratitud que el pecho abrumba,
reposando en tu tálamo, ligero
como nido de pluma....

En tanto, Sueño, amigo el más querido,
envuelve en la penumbra el pensamiento,
ata a un yugo de flores mi sentido,
y deja que en quietud— soplo del viento
que en la noche solloza—
palpite el corazón. Y si un momento
en áurea copa escancias
el licor del ensueño, en que se goza
el alma embebecida en las fragancias
de nueva primavera;
¡oh breve cielo, oh inmortal viaje
por constelada esfera,
adoración que el ánimo estremece
ante el nuevo paisaje
de un mundo virgen! ¡deleitosas horas
en que la vida sin sentir se mece
imágenes fingiendo encantadoras!

¡Ay, Olvido!, si al fondo de tus aguas
he de arrojar mi invalidez, sereno,
¿para qué amar la fama, tenue arrullo
que un instante en los cármenes resuena?
Crece el laurel en cieno;
y la envidia, murmullo
del odio oculto, de fingida pena,
el paso sigue al genio cuyo orgullo
en jornada paciente,
tras la anhelada meta se aventura:
la espina del laurel hiere su frente;
la hez, no espumas del licor apura.

Dejadme así seguir, con raudo paso,
allá por las oscuras alamedas.

Quiero fulgor de ocaso:
deslicense las ruedas
sobre la yerta arena... ¡Adiós al triste
aplauso! ¡Allá la insensatez se quede
de aqueste insecto loco que resiste
en balde a la fortuna, y que no cede
al Cielo, contra el Cielo rebelado;
y rueda en la catástrofe sombría,
eterno Prometeo encadenado...

¡Ay! así en la marmórea
boca estalla el clamor de su porfia;
que al ardor de los últimos anhelos,
espíritu inmortal, en la corpórea
forma, aún en olímpica elegía,
interroga el misterio,
y al callado infinito desafía...

E N O C H

Fide Enoch traslatatus est, ne videret mortem
et non invenit quia transtulit illum Deus.

SAN PABLO.— Hebreos II

Bajo el cristal inmóvil de un inmutable cielo,
con una luz diáfana de tardo escintilar,
los lividos escollos, los témpanos de hielo
dibújanse en el fondo de ceniciento mar.

De la noche en las sombras la sideral penumbra
en las cimas dibuja su pálido blancor;
y la luna que apenas en esa noche alumbraba,
en los hielos destiñe su tenue resplandor...

¡El secreto del mundo y el misterio del polo,
la soledad que nadie lograra interrumpir!
En los gélidos bancos, escúchase tan sólo
de los gigantes osos el desigual rugir.

Con brillo de luceros, bruma etérea, azulada,
en círculos se extiende de lento amanecer...
Son los breves confines del reino de la nada,
el límite indeciso del ser y del no ser.

Las impalpables alas tiende sutil neblina,
cúbrese el horizonte de transparente tul;

y florece la noche, con fulgor que ilumina
el desierto del mundo y el inmutable azul.

Boreal aurora hermosa, primavera en las nieves!,
de las polares aguas la florida estación,
sonrisa de la tierra, de Dios caricias breves
a la infinita, blanca, desolada extensión....

El misterio es del mundo y el reposo del polo,
los témpanos gigantes y la gris soledad.
Allí un anciano habita, siglos y siglos, solo,
para tu fin guardado, rebelde humanidad.

Del cielo al estallido, será la edad deseada;
y vendrá de las nieves con rumbo al ecuador,
en una blanca vela, desde la mar helada,
para las lides últimas, último Redentor.

El traerá la enseña de otra edad, el cayado
y la espada sin filo y el cetro de salud:
Anciano de los siglos, magnífico, esperado
regidor de las almas, sembrador de virtud,

para la nueva vida, para la nueva alianza,
para la primavera, cuando el Monstruo rapaz,
gastados los colmillos, se rinda a la venganza
del Señor, que conceda ya al universo paz.

* * *
Fue separado él solo
de esta loca y enferma humanidad;
y arrebatado al círculo del polo
aguarda de otro sol la claridad.

La barba luenga, cana,
cual las algas del mar,
ciñe su faz anciana,
en edad tantas veces secular.

Cual líquen de las rocas, el cabello
cuelga, su manto real,
en los hombros: peñón severo y bello
del oceano glacial.

Viste la parda túnica
majestuosa y talar.
Cruza su barca misteriosa y única
los desiertos del mar.

Y la neblina espesa
de la hiperbórea gruta, en su cendal
envuelve el promontorio y la aspereza
del témpano glacial.

El paisaje de nieve,
a la luz estelar
brilla, y aurora amarillenta y leve
su brillo esparce en el helado mar.

Del gigante en los hombros de granito
lentos los siglos van
rodando con el grito
del humano huracán.

Generaciones, mil generaciones
se inclinan a la huesa; y él en paz,
oye impasible tantas maldiciones
de la lucha tenaz.

Un día hacia las fauces del abismo
las naciones y pueblos rodarán,
y con el agua, al fin, de otro bautismo
nuevas razas vendrán.

Y el Coloso, ese espíritu del mundo,
perenne como el mar,
a su acento, del vórtice profundo,
verá surgir la luz crepuscular....

La luz que en una espléndida mañana,
será la sempiterna claridad
para la loca y vana,
pecadora y ardiente humanidad.

En su mano el bastón de peregrino
se ve inmóvil aún... ¿Cuándo será
que se abra con estruendo su camino
el evangelio que anunciado está?

Será el gran día. Los perennes hielos
de la hiperbórea gruta sentirán
calor y tibia lumbre de los cielos
que de lejos, muy lejos llegarán.

Y el Anciano, el heraldo de otra historia,
que hora aguardando está,
con estruendo de gloria,
a un mundo juvenil despertará.

Y abiertas las entrañas
de esta tierra de lágrimas, darán
hierba y flor las estériles montañas,
palomas en la peña arrullarán.

Entonces el Coloso,
padre y señor de la naciente edad,
se entregará al reposo,
al esplendor tu sol, Humanidad...

EL POETA CIEGO

(Milton)

—Siento en mí tu calor, mas no te miro,
soberano del día, sol radiante!
que a estos oscuros ojos sin aurora,
que en vano giran, sacudiendo en vano
las órbitas sombrías, no descienes,
como otros tiempos, que en la azul llanura
del cielo, mi mirada se perdía
del infinito en las riberas!

Vago,

no obstante en las colinas, do recuerdo
que el raudal de tus rayos se extendía
en áureas ondas. Búscote en la altura,
cual te buscaba Homero en las arenas
de la nativa playa, discurriendo,
a merced de las Horas; y te canto
como canta, en la sombra, con gemidos
el ruiseñor.

Un año, otro año llegan:
llegan trayendo primaveras; siento
del aura nueva embriagador perfume;
y el tibio beso de la luz, que viene

sobre mi, como espíritu invisible
de alas de blanda seda. Mas no torna
para mí el día en la penumbra breve
del alba, ni en la tarde que yo amaba:
de la tierra agonía misteriosa,
sueño, quizás vigilia de los mundos,
que se envían la luz de sus estrellas,
en la cita de amor!....

Yerbas floridas,
rubias pomas de estío, aguas serenas
dentro el bosque sin sol, risueños cuadros
de la vana hermosura!.... Ya no acierto
los caracteres de tu excelso idioma,
gentil naturaleza; ya el sentido
que a ti me liga se quebró cual frágil
vaso de arcilla.... Claridad perdida,
de mí alma al fondo huíste; sólo quedas,
allí como sin alas y volando,
prisionera y herida.... Esencia oculta,
soberana visión de las ideas,
que hallas hasta en la noche del sentido
las invisibles cosas!

Así un día,
cantó también Satán, en la ribera
del mar, la horrenda, la feroz nostalgia
de los cielos que amó, ya tan lejanos.
El sombrío mancebo, en las orillas
del punto oscuro se asiló, sintiendo
en su frente la enorme pesadumbre
de la sombra perpetua, y la amargura
de la memoria, que en la edad perdida
se apacentaba en los perdidos goces,
viendo en la soledad de los recuerdos
los pensiles de luz, que en el espacio
del sol, padre del iris, esparcía.

El anciano Poeta, en un escollo
del mar, eleva la soberbia frente
y abre sin lumbre los inmensos ojos,
cual si quisiera devorar la lumbre
que siente y que no ve.... Cual la conciencia
de recuerdo tenaz, de allá del fondo
de su indomable inspiración dormida,
como león en su caverna herido,
trae a su mente el canto soberano,
con que el Ángel sublime y taciturno
se despidió del sol.... En las tinieblas
que impenetrables cierran su mirada,
contempla como chispas vibradoras
las inquietas imágenes que vuelan,
con la fosforescencia que se funde
del iris en los frágiles colores.
Oye el rugir del ponto, de su aliento
aspira el soplo, siente las espumas
que a sus pies humedecen las arenas.
Perlas derrama el mar en sus cabellos,
pero no mira el piélago infinito
ese amante del sol, que a él se levanta,
al beso de su luz, que se retuerce
cual monstruo hermoso en explosión de celo;
ni los espacios ni las cumbres mira,
en púrpura y en oro divididos
de vagarosas nubes; no se asombra
ante la tierra de pasión henchida,
que el germen nutre, se deshace en flores,
y cuaja el germen del verano....

Enferma
ancianidad! crepúsculo del alma!
Todo sonríe en la gentil llanura,
en los húmedos bosques, en las linfas
que, palpitantes de ansiedad, al viento

sus halagos devuelven con ruidos
en el sereno lago, con rugidos
de voluptuosos tumbos en los mares.
¡Ay el invierno humano! La nevada
cumbre de su cabeza que coronan
las lividas cenizas, se alza erguida
en medio de la fiesta de los nidos,
renovación perpetua de colores,
rayos y aromas y armonías! Mudo,
fiero contraste! Al fin, el ser humano
en juventud perpetua del espíritu,
al sentir roto el vaso de la forma,
ansia retener el polvo, el polvo
que se deshace al soplo de las brisas
de otra estación.

III

—Ven, Débora, que siento
emoción y calor, fuerza y espíritu.
¿Es el amanecer? Da al pobre anciano
la limosna de luz, esa caricia
de las alturas, caridad del cielo
que da al mundo su hermosa primavera
de nubes, resplandores y arreboles!
La limosna del sol al pobre anciano
tú darás hasta el fin, Débora mía!
Resbalen hoy tus rayos, de mi frente
sobre el helado cráter, Sol amigo!
Allá la soledad, así tu lumbre
cae blanda, en el éter tamizada,
sobre el agreste pico, que circundan
opacas nieblas, túnicas del cielo.
¡Ay, bajo el cráter de mi frente, pugna
la inspiración encadenada; el genio,
en prisión en el fondo del abismo,
sopla con el aliento huracanado
de interna tempestad; que rompe, abate

las crestas y murallas de granito;
y el genio, en sus prisiones se revuelva
y hace crujir los mundos. Es el hosco
tigre que ruga y en el propio seno
la garra hinca sangrienta....

A la ventana
ponen aquel despojo de la vida,
a recibir del sol de primavera
el ósculo gentil. Débora llega
con perfumadas rosas en la mano;
con las rosas golpea el aire; el aire
que en amorosas ondas se revuelve
en torno del poeta... En lentas horas,
o dormido o soñando, al cielo abiertas
las cristalinas lentes de sus ojos,
quizás aguarda el renacer del alba
en las mudas tinieblas; quizás finge
el nacer de la luz; flor de la sombra,
ósculo virginal de las alturas
en el informe caos....

El perfume,
esa esencia no muerta de las cosas,
en las flores le viene: ¡Son los lirios!
cuya tenue fragancia, cual del cielo,
pasa impalpable como el éter, pura
como aliento de un niño; ¡son las rosas!,
símbolo de la vida y alegría
de la gentil Naturaleza, abiertas
al rocío, a la brisa, enamoradas,
ebrias de la pasión de la hermosura!
las humildes violetas que se entregan
con caridad inmensa al suelo, al viento;
el nardo, ánfora viva de alabastro,
que empapado en su aroma languidece,
y se inclina a morir....

¡Ay las memorias!,
 regreso a la distante adolescencia,
 a la patria primera, al suelo, al cielo,
 a la vida, al calor. Allí el paisaje
 de la tierra natia: árbol florido
 se mece al aire, inclinase la rama
 sobre la fuente que suspira y tiembla
 arrullando a las flores.... Canta el ave
 en la vecina selva.... ¡Oh apacible
 aurora del amor! Una doncella
 bajo el párpado esconde la mirada,
 quiere huir y no acierta; sus mejillas
 que a la emoción palidecieron, luego
 se encienden al rubor. ¡Amor que nace
 como el primer capullo! Es la soñada,
 la incomparable y casta prometida!
 ¿Cómo olvidar la escena, en que dos pechos
 a compás palpitaron, y dos manos
 se enlazaron de amor estremecidas?

IV

—Rosas de quince abriles te coronan,
 albor de mi vejez, Débora, en vano.
 ¿Cómo verte pudiera, núbil, blanca,
 botón recién abierto, en mis ruinas?
 Yo, escombros triste, que a morir se entrega,
 siento cerca de mí, brotar hirviente
 el renuevo sediento de rocío,
 temblando de emoción, que el oro al fondo
 mostrará de su cáliz, el misterio
 del amor de las flores.... ¡Vida mía,
 sentirte y no mirar de tu hermosura
 las nuevas maravillas! Qué suplicio
 mayor habrá para el mortal esclavo,
 a quien no quiso conceder el Cielo
 sino el perfume de la flor postrera
 de sus cansados años, tronco estéril
 que ama su última flor....!

La pobre Niña
 a los brazos se lanza del Anciano,
 para darle calor; su fresca boca,
 cual entreabierto rosa se despliega,
 en la pálida frente de su padre,
 que a aquel ósculo intenso se estremece,
 blancos cual los de un muerto levantado
 sin mirada los ojos. Y habla al Cielo
 con las saladas aguas de sus ojos,
 que no miran, mas lloran: ¡el destino
 de llorar es eterno! ¡Ojos humanos
 para llorar nacidos!, perder pueden
 la dulce imagen, el gentil tesoro
 de la luz; mas al fondo, al fondo, queda
 la inagotable fuente de las lágrimas.
 Pasa la mano temblorosa encima
 de la frente de Débora; en sus ojos
 que a sus caricias pliéganse llorando.
 Los hunde sobre el blando terciopelo
 de sus turgentes, húmedas mejillas,
 do bulle, en ritmo tumultuoso, ardiente
 la adolescencia.... El Viejo piensa luego:
 ¿Quién a esta flor de su alma, que se entreabre
 arrancará del tallo?.... Palidece,
 cuando sospecha que alguien, más dichoso,
 dueño será de esos hechizos suyos.
 ¿Qué viento arrancará de los estambres
 de la flor virginal el agua, el oro?
 —Débora, cuando yo la frente incline
 sobre la piedra de la tumba, en esos
 años que largos vivirás, bien mío!,
 ¡ay!, qué será de ti?, quién a tu lado
 al tallo será arrimo, cuál la rama
 que te dará su sombra? Mente local,
 ¡ay cómo te adelantas al futuro!
 Vas por ignota senda, y te aventuras
 en la mansión de las tinieblas....

¡Basta!
Vivamos el presente! No el tormento
de venideras luchas martirice
la enferma fantasía. ¡Que este llanto
de la postrera edad adusta ofrenda,
te guarde, hermosa mía, y la ventura
tengas, cual premio al llanto de mis ojos!

V

—¿Oyes el son del aura? Es su armonía
como nota de amor. Mas, siento frío!
¡Ay como en primavera, del invierno
vienen pronto los hielos!... No contemplas,
Débora? Luz, más luz! Florido el campo,
el espejo del mar, el cielo encima
muy azul... Es el alba... Los oscuros
ojos despiertan de su largo sueño.
¡Luz!, ¡ah la luz! espíritu del mundo,
esencia de la vida, alma del alma,
cielo, el único cielo!—

De rodillas,
Débora llora, en frente del Anciano,
que desfallece en la emoción suprema;
pues vió ya el resplandor del majestuoso
sol de la otra ribera... ¡Oh muerte, amiga,
redención de la afrenta de la pena!
Ya el Poeta arribó del mundo nuevo
a las lucientes playas....

En sus ojos,
los párpados, corolas de marchita
flor, con besos y lágrimas entorna
Débora. Y es la postrimer caricia
para los muertos ojos del Poeta,
que ya para la luz resucitaron....

LA LIRA

¡Triste Orfeo! Volvió de las playas
del Orco sombrías,
sin traer a la esposa: perdióla
su amante codicia.

¡Ay, ventura fugaz! no se encuentra
la dicha perdida:
sólo quedan, abismos sin fondo,
las almas vacías!

Y llorar!, que las lágrimas sólo
nos dan la infinita,
la apacible quietud, la callada
belleza tranquila.

El dolor es el Arte, hermosa
llorosa y proscrita,
que soñando... soñando y gimiendo,
por fin se resigna.

Y cubriendo con ramas y flores
las yertas cenizas,
ha trocado los roncós sólozos
en blandas caricias.

*
* *

—Haré eterna mi pena— Asi Orfeo
pensó... Bien decía:
Aunque has muerto, a mi amor resucitas,
pasión de mi vida.
Que sí, al fin, no despiertas al grito
de mi amor dormida,
te hallaré, del dolor en la muda,
belleza tranquila.

Fue al sepulcro, do muerta la esposa
ha tiempo dormía:
ha dejado a su Amante, que aun gime,
las formas marchitas.

—Vivirás, vivirás!— Los despojos
rugiendo quería
con el soplo de su alma de fuego,
tornar a la vida...

Animar intentaba las formas,
ha tiempo dormidas;
las que, al soplo imperioso del genio,
sentir parecían.

*
* *

Las entrañas llevóse consigo,
sangraban aún vivas,
palpitando con notas ocultas,
plañendo caricias.

Y del tiempo al volar, el poeta,
al fin, las veía
cómo iban, cual ramas sin savia,
quedando sus fibras.

A su pecho secólas: gemidos
en ellas oía;
ritmo oculto de un alma invisible
del cielo venida.

Las entrañas cual cuerdas quedaron
con llanto tejidas:
siete cuerdas de amor gemidoras,
sonaron un día...

Siete cuerdas con oro anudadas
a la urna apolínea
del ciprés, que corona las tumbas:
¡La lira, la lira!

Lengua eterna del mundo y del cielo,
vital poesía,
que el dolor a las cumbres eleva
y el alma ilumina.

¡Grande Orfeo, el poeta primerol,
tu amor quién olvida
que a la Amada arrancó las entrañas
y de ellas la lira?

¡Lira! oh ala del alma que busca
la cumbre infinita,
lengua eterna de cielos y tierra,
gentil poesía!

EL REY ARTUS

En las brumas del término siempre lejano,
hija de la alborada,
del amor de las nubes y del oceano,
surgió la isla encantada.

Sombra dale el ocaso,
el banco de coral guarda su seno,
un lucero de encanto sus frondas dora
con resplandor sereno.

No enderecéis las quillas a su ribera:
la isla siempre lejana,
cual sirena se aleja por la ligera
onda que va a la cuna de la montaña.

Allí duerme en el fondo de sus moradas,
el Rey galante, el Dueño
de fiestas y de danzas: allí las Hadas
del mar velan su sueño.

En un lecho de pieles, hojas y flores,
bajo el manto de grana que dan los cielos,
cantan cien adalides cantos de amores,
sus cuítas y sus duelos.

Y de esos adalides primera estrella,
Lanzarote, el de diestra que a las robustas
huestes postra, entre todos, grande descuella,
en festines y justas.

Otro tiempo esos bravos y caballeros
de indomables entrañas,
en las paces gallardos, en guerras fieros,
de Bretaña brillaron en las montañas.

Y el Rey, el Rey galante
con las armas doradas para las lides,
el corcel gobernaba, e iba adelante,
frente a sus adalides.

Reinas y castellanas, pajes, doncellas,
del laúd a los sones,
requiebros escuchaban, trovas, querellas,
de bizarros campeones.

¿Cuándo será que vean mortales ojos
surgir como la diosa dentro la espuma
la isla que hora guardan fulgores rojos,
el misterio y la bruma?

¡Felices los que miren en la penumbra
que la isla esconde, al cabo, rasgarse el velo;
y miren palpitantes que el sol alumbra
una tierra que se alza buscando el cielo.

Y en la barca de flores dentro un encaje
tejido de azucenas, jazmín y lilas,
a Elena la más bella flor del bosqueje,
dormida sobre el lecho de ondas tranquilas,

cuando una estrella envíe de allá de lejos
su luz cansada y tenue, para mirarla;
y Elena luzca al beso de esos reflejos
que parecen ardientes, resucitarla.

Guarda para ese tiempo tu bizarria
de amor y gentileza
hoy, cuando tus canciones, tus elegias
lloren por las nostalgias de tu grandeza.

Y en medio tus hidalgos y tus campeones,
en las artes galantes y en el consejo,
con cohortes, mesnadas, lanzas, pendones,
serás gloria y espejo.

El arpa que tañeron los trovadores
celebrará el torneo de la hermosura,
mancebos y doncellas, cuitas y honores,
heroismos, audacias y galanura.

Entonces vuelto el genio de Artús, su noble
genio por quien el numen canta y delira,
se trocará en laureles el negro roble
y el hierro en cuerdas de oro para la lira.



AMOR ETERNO.

Monstruo cubierto de algas y espuma,
el mar asorda la inmensidad;
y sus rugidos entre las brumas
esparce en alas del huracán.

En los espacios de pardas nieblas
montañas alza la tempestad;
y las estrellas en las tinieblas
se ocultan; se hincha gritando el mar.

Siente en su seno naturaleza
convulsión honda, cuita mortal,
y el infinito de la tristeza
envuelve en luto la soledad.

Es el gigante dolor que siente
en sus entrañas el vasto mar;
porque la Luna llegó a occidente,
y huyó ocultando la blanca faz.

Naturaleza, tus emociones
son hondas, fieras como es el mar;
y la grandeza de tus pasiones
llena del mundo la inmensidad.

Sobre las crestas de las espumas
tenue palpita la claridad;
la luz resbala sobre las brumas,
hasta las nubes se eleva el mar.

Y sacudiendo la alta melena,
a los silbidos del huracán,
con sus estruendos el cielo atruena:
son sus amores que siente el mar.

Pero, como ala de una paloma,
recién salida del nido, ya
en la penumbra la Luna asoma,
como una blanca diosa inmortal....

Y allí parece que entre la bruma
mancebo hermoso nadando va:
Endimión, blanco como la espuma,
sobre las olas avanza ya....

La Diosa amante desde la luna
que hunde en las aguas la nivea faz,
bajó en la noche de su fortuna,
para la dulce fiesta nupcial.

¡Es el instante de la ventura,
Endimión llega— la Amada ya
abre el secreto de su hermosura,
en la solemne fiesta nupcial!

¡Ay del que quiera de ese himeneo
el infinito goce turbar!
Amor colmado de su deseo
tendrá los celos, la ira tendrá....

Como una reina que su fortuna
halló en la ansiada fiesta nupcial,
la Luna llena, la hermosa Luna
sobre los brazos se alza del mar.

¡Noche, tesoro de amor!, se duermen
las olas, la aura dormida está;
y la luz se hunde, divino germen,
en los profundos senos del mar.

Que no rugiendo su furia extiende
a los silbidos del huracán
y en la ribera las linfas tiende,
como de seda niveo cendal.

Ya es corderillo: son sus vellones
blancas espumas que aura fugaz
peina, al arrullo de las canciones
de la divina fiesta nupcial....

Tienes pasiones, Naturaleza,
las de tu cielo, las de tu mar;
y el infinito de tu grandeza
llena de encanto la inmensidad....

LOS CICLOPES

Después de aquellas luchas del cielo y del abismo,
en que dentro del caos la luz brotó inmortal,
hijos del fuego antiguo, surgieron de sí mismo,
los continentes, islas de tormentoso mar.

Y sobre una pirámide de montes y de montes,
levantó hasta los cielos la coronada sien,
del infinito espacio cerró los horizontes,
gigante de los cielos, el Chimborazo, el rey.

¿Quién sobre él más excelso, si grande entre los grandes,
en el centro del órbe la frente sublimó,
el tálamo y el trono del sol sobre los Andes,
do en la tarde se inclina, para dormir, el sol?...

Pero cerca al gigante, cual vaporosa nube,
surge, flecha atrevida de nivea catedral;
arriba, más arriba que el Chimborazo, sube
esa columna hercúlea de verde pedestal.

Después de aquellas luchas del cielo y de la tierra,
escombros gigantesco de gigantesca lid,
el frágil, alto monte, rival para la guerra,
quedó sobre los cielos cual índice gentil.

Y Chimborazo, el viejo coloso de las cumbres,
sintió en su vasto seno febril emulación;

de la grandeza herida, rencores, pesadumbres,
del rayo no apagado la oculta convulsión.

Los celos, los furores del más terrible imperio,
de los robustos ciclopes de la remota edad,
el cetro disputando de todo un hemisferio,
retábanse en la liza de augusta soledad.

*

* *

Un día, en el silencio del tiempo primitivo,
cuando a entrambos cubría con su cendal la luz,
anunció sordo trueno que el Chimborazo altivo
de sus ingentes cóleras sintió la plenitud....

Y el rey del Continente, pirámide del mundo,
rasgadas las entrañas con furias de volcán,
arrojó por las fauces la llama del profundo
y ardiendo desnudóse la túnica imperial.

Del fondo del abismo, surgiendo el terremoto
avanzó por el mundo, cual genio destructor;
tembló el orbe, que su eje crujió deshecho y roto,
y fuego, sombra y cieno la inmensidad cubrió.

Vino la noche negra, y envolvió en su sudario,
de ruinas y cenizas la vasta soledad,
sólo de cuando en cuando, rugido solitario
lanzaba el monte, en medio la oscura inmensidad.

*

* *

Tornó la paz del día, tras la noche siniestra,
y heridas colosales de la tremenda lid
Chimborazo gigante sobre los flancos muestra;
pero venció, y eleva triunfante la cerviz.

¿Y el rival? Ya no asciende la nitida saeta:
en los lejanos cielos hundióse? Del rival
no asoma en el espacio, la mágica silueta
quebróse cual ligera columna de cristal.

En fieras convulsiones, el ciclope vencido,
con estrépito y furia, sobre la faz cayó;
ya en melladas almenas deshecho y dividido,
es el último esclavo: ¡la gloria al vencedor!

El Chimborazo, el fiero señor de las montañas,
ya sereno se encumbra con nueva majestad;
y apagada la llama que ardía en sus entrañas,
viste otra vez soberbio la túnica imperial.

Que él rige de los Andes el formidable imperio,
su cima al cielo asciende, bañada en resplandor;
su trono asienta encima de todo el hemisferio,
en su cumbre se inclina para dormir el sol....

EN EL LAGO

(Lamartine)

La tarde en el incendio del verano
en sangre empapa la postrera lumbre;
y súbita en el término cercano
la luna surge encima de la cumbre.

Del pintado arrebol los resplandores
en la primera sombra se dilatan.
En el profundo cielo como flores
las estrellas sus pétalos desatan.

Y aquesta grande eterna maravilla
copia en su espejo el tembloroso lago,
do al beso de las olas, va una quilla
que amorosa se inclina al viento vago.

El remo de marfil ligero y blanco
el agua, acariciándola, golpea;
y su cordón de perlas desatando
la espuma de la estela se blanquea.

Siempre nueva hermosura con que asombra
al mortal la gentil naturaleza!
Embriaguez de la luz y de la sombra,
dulce misterio que en la noche empieza!

Sobre la barca, en pie, de nuevos dioses
el lago surca espiritual pareja,
escuchando quizás perdidas voces
de un numen que soñaron y se aleja....

Enloquecidos van sobre las linfas,
puesta en la luz del cielo la mirada;
arrullan en el bosque ocultas ninfas,
tiembla la ola, del viento enamorada.

Y así —del agua apasionada lira—
bulle en movibles ondas la laguna;
y la pareja hermosa al cielo mira,
cuando les mira el rayo de la luna.

¡Es el Poeta! el que habla el áureo idioma,
la lengua del amor, ritmo bendito
de la águila caudal, de la paloma,
clamor de lo finito y lo infinito.

¡Es su Amada! la blanca, la hechicera,
que, en la emoción del arte y del ensueño,
deshoja su beldad de primavera,
a la luz de los ojos de su Dueño.

Los remos de marfil cual tenues alas
se agitan, y la barca vuela inquieta:
viste la luna sus mejores galas:
¡es la hora de cantar!, canta el poeta!

—La fuente que el prado baña
¿por qué gime en la ribera?
¿Por qué en las playas la caña
y el arroyo en la montaña
suenan con voz lastimera?

¿Porqué la tórtola llora
si en el bosque desfallece

sobre el ala tembladora;
y al beso, su voz canora
por la pasión enmudece?

Y tú que al amor palpitas
y a la dicha te aparejas,
que al verme la paz me quitas,
y matas y resucitas,
contra mi, de qué te quejas?

Más gallarda que la aurora,
más pura que la onda pura,
blanca flor encantadora,
sombra ni pasión traidora
empañaron tu blancura.

Mas tu corazón suspira
por dolores misteriosos:
si tu faz placer respira,
junto a tus risas se mira,
llanto que quema tus ojos.

Que aun nuestra ventura siento
que se rinde a su flaqueza,
cual caña que abate el viento;
que basta el voluptuoso acento
la nota da de tristeza.

Y al ver el alma, advertida
del solaz que el tiempo tasa,
en éxtasis adormida,
despierta, y siente la vida
que en cada suspiro pasa.

¡Ay! deja al céfiro aleve
lejos llevar sus clamores!
Gocemos el día breve.
Huye él: mas cual agua leve
roba al cielo los colores.

Pasa todo, todo llega
al término de su suerte.
El río a la mar se entrega,
la hoja al viento; y se doblega
la humanidad a la muerte.

Mas, mi bien, no importa nada
el triste destino incierto,
si en la linfa perfumada,
por pendiente sosegada,
la nave nos lleva al puerto.

Sil que en el alegre paso,
viajero sin enojos,
las mansas ondas traspaso,
mi brazo puesto en tu brazo,
mis ojos junto a tus ojos.

La ola gimiendo se aleja
de la orilla que ha besado;
del ave expira la queja,
y el aura a dormir se aleja
en el cáliz agostado.

Abracémonos, querida!
Y oiga el Dios nuestro clamor.
Pues se halla a la tuya unida
se deshaga nuestra vida
en un suspiro de amor!

¡Oh cisne de Macón, dios de la rima,
canoro ruiseñor del pensamiento,
¡qué cenizas tu espíritu no animal,
cual palpitan las rocas a tu acento!

La perenne visión de las pérdidas
cosas a impulso de ignorados vuelos,

dió a tu lira cadencias nunca oídas
y algo como el idioma de los cielos:

La nostalgia de lo alto, el ansia viva
del aire enrarecido de la cumbre,
la pasión virginal que el suelo esquiva,
cual despertar risueño de la lumbre.

En tus trémulos labios nace y brota—
fuente de aromas— la estación florida;
y una nota siguiendo a la otra nota,
estalla el dulce ritmo de la vida.

Cual si vagaras en soñada esfera,
cruzas el lago, en donde, sonriente
ciñe la soñadora adormidera
Musa gentil a tu laureada frente.

¡Llanuras de los cielos!, pardas rocas
limpidas aguas, arboleda oscura!
Detén el paso de tus ruedas locas
Fortuna, ante este amor y esta ventura!

Y tú, Poeta, en el feliz instante,
arrebata a los Númenes la tierna
caricia, y canta la canción amante,
lengua del genio como el genio eterna.

En ese lago, edén de tus amores,
ya el áncora arrojaste; allí tu lira
emulando a los griegos ruiseñores,
bajo las plantas de tu Bien suspira.

¿No ves? Se inclinan a mirar las frondas
la imagen de tu Amada; tenue espuma
se estremece temblando entre las ondas:
¡prodigios son de su belleza suma!

Ya la edad para ti suspendió el vuelo;
encadenadas a su amor las horas,

hicieron ya para tu amor un cielo,
donde la nada de la dicha ignoras.

Puedes amar! No ya las fugitivas
alas del tiempo tasan le ternura!
Que todo pasará: mas, siempre vivas
quedarán tu canción y su hermosura.

Lago!, rocas sombrías!, Oh florestas,
ya el tesoro guardáis de su fortunal
En brazos del Poeta te recuestas,
Beldad, bañada en rayos de la luna!

Viento que gime y árbol que suspira,
perfume de la gruta embalsamado
dirán a los compases de su lira:—
—“Aquí el Poeta amó y aquí fue amado”—

Y el ave errante, la flexible rama,
y el eco entre las quiebras repetido
blandos exclamarán: “Quien canta y ama
es inmortal: para él murió el olvido”—.

¡Qué grande el siglo que escuchó tus cantos
canoro ruiseñor del pensamiento!,
¿Quién como tú del ritmo los encantos,
puso en el fondo del vulgar acento?

Cuando el sol de la fama ya no alumbre,
en la oscura extensión, su luz lejana
en ti reposará gigante cumbre
de la soberbia inspiración humana.

Me lo conceda el Cielo! que algún día,
en el vasto poema de la historia,
de tu laurel una hoja sea mía;
y siga yo en tu séquito de gloria,
¡príncipe de la excelsa poesía!

ELIAS

Ecce currus igneus et equi ignei... et
ascendit per turbinem in coelum.

REG. L. IV. 11.

El torbellino le empujó a la cumbre,
y al vértigo del vuelo,
el torbellino, en círculos de lumbre,
le arrebató hasta el cielo.

Del sol en los corceles,
por las sendas del éter, se encamina;
del iris en los mágicos pinceles,
las nubes ilumina.

Oculto tras las alas de la aurora,
está aguardando alerta.
El alba lanza por la mar sonora,
las altas cimas dora
y las flores del páramo despierta.

Y cuando, lluvia de oro,
vierte el sol en la atmósfera sombría,
con imperial decoro,
desde el disco del sol, preside el día.

* * *
!Es él! La tempestad se abre camino
por las sendas oscuras....

El asoma, al fragor del torbellino:
llama inmortal, relámpago divino,
que pasa resonando en las alturas.

Y miradle llegar. Carro de fuego,
aparece su carro de batalla.

El manto arroja entre las nubes: luego
el mundo siente, anonadado y ciego,
que en la tierra y el cielo, el rayo estalla.

Su voz semeja el majestuoso estruendo
del gigante ciclón en la montaña;
y su mirar tremendo
es el destello súbito, que baña
el bosque, de las cumbres descendiendo.

En las alas de acero
del huracán, veloz se precipita;
sopla en la hoguera; fiero,
lanza doquier la cólera infinita.

Cuando azota los mares la tormenta,
sobre las grandes olas, tras la bruma,
se alza, al fulgor de lumbre cenicienta,
en las crestas de espuma.

Y si la tierra rasga sus entrañas,
el equilibrio de los orbes roto,
y caen sobre el valle las montañas,
al vértigo final del terremoto;

ese Ángel del castigo,
armado de ignea espada,

gobierna las venganzas: fue testigo
del caos, de la noche y de la nada.

* * *
Pasa el furor.... Del cielo la sonrisa
descubre, cuando el arco de colores
las tinieblas irisa,
al pasar el Señor de los señores.

Y si los bosques y la estepa duermen
en los ardientes brazos del estío,
surge divino germen
la oscura nubecilla, en el vacío.

Con las alas ingentes
la nube llena el ámbito profundo;
y él, genio de la lluvia, abre las fuentes
del cielo sobre el mundo.

Oculto en la penumbra,
mira desde la estrella de la tarde;
y la cabaña alumbra;
insecto de oro, entre las flores arde.

Empuja de la luna
los niveos cisnes en la noche hermosa;
y se mira al cristal de la laguna,
y de la tierra en la quietud, reposa:

que él es el ángel bueno,
que por el mundo vela:
trae de lo alto el resplandor sereno,
del bosque trae la frescura, y vuela.

Vuela, llevando la fecunda llama
por las rubias espigas....
El a los dioses ama,
tiene para el dolor alas amigas....

Un día... Será el día
de plenitud, de gloria y de venganza....
Crujirá por las sombras su elegía,
nacera de la muerte la esperanza.

En el duelo final, hondo y sombrío,
dejando en la extensión cárdenas huellas,
los astros rodarán en el vacío,
rodarán al abismo las estrellas.
Mas, las espesas sombras darán paso
a una súbita luz. Resplandeciente,
su trono, desde el orto hasta el ocaso,
sentará el Sol del inmortal oriente.

Y él, —Angel de la paz—, tenderá el manto
en las nubes oscuras....
No más resonarán voces de llanto:
el Angel de la paz al Fuerte, al Santo,
gloria dirá, cantando en las alturas....

LA PRIMERA TARDE

Es todo lo que no cabe
dentro del lenguaje humano.
A. L. de Ayala.

Cansada de correr a la ventura,
llega a orillas del mar con la locura
de la caída y del terror. Es Eva
que en las entrañas y en los ojos lleva
todo un mar de amargura.

Es la primera tarde. Agonizante,
el Sol se oculta y la penumbra crece,
ya de sombra enlutada.
¿Talvez el mundo tornará a la nada?
¿Dios a nuevas venganzas aparece?

Otro misterio empieza.
Moribunda quizás naturaleza
para acabar se aduerme;
y ante el arcano, desolada, inermé,
siente la plenitud de la tristeza.

Pero, la hermosa Loca
párase en alto de empinada roca,
entre dos infinitos —el del cielo
y el del mar.— Y en las ansias de su duelo
a su perdido Dios en balde invoca.

Ante el mar sin ribera,
ante la oscura ilimitada esfera,
siente vértigo y frío, un frío intenso,
como la mar de su dolor inmenso,
inmenso, pues no espera!

Que cada vez asoma más lejana
del dulce paraíso la mañana:
quedóse en las florestas misteriosas
con tantas bellas y perdidas cosas
de la primera omnipotencia humana.

Huir ansia como herida cierva
por los blandos senderos de la yerba,
su dolor en los antros ocultado.
Y el cansancio la enerva,
y queda al fin inmóvil sollozando.

Mas, se yergue después... Que se prepara
algo incógnito: el mármol de su cara
se anima con los tibios resplandores
de ocaso; presa en súbditos ardores,
de frente mira al sol, grita y se pára.

Luego el llanto... No es llanto solamente
el que subir hasta los labios siente:
es un alma, alma nueva
que crece y se subleva,
inspirada y ardiente.

¿Qué será? De la nada el soplo inerte
que trae al mundo el Vengador, el Fuerte?
¿El castigo final que lanza el cielo:
—Hija del suelo tornarás al suelo—
¿Es ésta la promesa de la muerte?

No! Que Eva se alza en actitud hermosa,
con la pasión ingenua y misteriosa,
la invencible emoción desconocida,

la plenitud y llama de la vida,
transfigurada, espléndida y radiosa.

Es que llegó la inspiración sublime,
que aunque tremenda el corazón le oprime
y tumultuosa ahoga en su garganta;
transforma a la Proscrita y la levanta
y su culpa redime.

Ya no vencida lo imposible implora:
que va a lanzar ahora
el grande verbo humano:
el ritmo de las almas soberano
y la nota magnífica y sonora.

Y, conjunto de acentos rugidores,
de quejas, de clamores,
de ruegos, de gemidos,
nace el canto, explosión de los sentidos
e idioma de dolor de los dolores.

Así, temblando de pasión, altiva
canta: la llama de su numen viva
le devuelve el fulgor de la hermosura;
y del Edén le torna a la ventura,
la adorada ventura primitiva.

*
*

La nueva encarnación de la belleza
transformó a la gentil Naturaleza,
que sin consuelo y voz languidecía.
Desata el manantial la melodía,
la nueva vida empieza.

Y las olas ayer enfurecidas,
se extienden a escuchar estremecidas,
del canto a los insólitos rumores;

sobre el tallo desmáyanse las flores;
las aves se querellan como heridas.

Del muerto, no olvidado paraíso
es el idioma con que el cielo quiso
curar la herencia de dolor profundo:
verno interior, espíritu del mundo,
de la humana pasión grito improviso.

Y, signo de los signos soberano,
de lo inefable, incógnito y arcano,
ora estridente y rápido, ya suave,
desbordante no cabe
dentro del vaso del lenguaje humano.

Que del alma en los límites suspenso,
que siente y que no piensa,
que languidece y calla,
es otra alma que estalla,
rayo de la pasión, como ella intensa.

De las tormentas de la vida el grito,
la voz de lo infinito,
de lo amado y perdido la memoria,
intuición magnífica de gloria,
el ensueño y regreso del proscrito.

*
* *

Desde esa tarde en que Eva sin ventura
sintió con la locura
bullir en sus entrañas la armonía,
que súbita ascendía,
nueva forma de límpida hermosura;

del cielo voz y rima peregrina,
de la tierra clamor, canción marina,
eres aquí el universal idioma

del aire, el agua, el tigre y la paloma,
música excelsa, música divina.

Son de las primaveras,
acordado compás de las esferas,
aura que en el jardín pasa gimiendo,
del huracán estruendo,
rumor de selvas y rugir de fieras.

En los nidos arrullo,
cierzo que besa el límpido capullo,
con rocío crecido,
de la fuente en las gramas el ruido,
del insecto en las flores el murmullo.

*
* *

¡Oh buena madre de la humana gente,
con tu voz dolorida y penitente,
la lengua para hablar a Dios nos diste;
y así con la emoción nos redimiste
de aquel acorde excelso de tu mente!

Con él, en la diaria
contienda, el hombre eleva, solitario
su alma con el clamor de sus querellas,
que suben más allá de las estrellas,
con el compás de amor de la plegaria.

HOJAS DE ACANTO

La madre sin ventura
va a la tumba de su hijo,
a dejar como ofrenda postrimera
el blanco canastillo.

Ramos de acanto y verdinegra encima
empapados de llanto en el rocío,
en la cesta se juntan,
como últimos amigos,
del que en la tierra duerme:
del Amado, del Hijo....

Y encima, roja y negra,
corona el canastillo,
hija de los amores de la llama,
rústica teja, en armonioso aliño.

*
* *

¡Tierra, fecunda y amorosa madre,
al muerto abraza! ¡Es su hijo!
Dale el calor del germen, la ternura
de sus amores íntimos.

Sube la savia, desde el fondo, sube
la vida inextinguible; y en el frío

sepulcro, extiende sus raíces breves
con maternal instinto.

¡Es la vida en la muerte,
la eternidad del ser desconocido,
arcano de los seres y los mundos
finitos e infinitos!

Y la rama de acanto
de un tronco ya marchito
que la Madre arrancara, y que sentía
helarse con el frío;
hoy plantada en la huesa
del Amado, del Hijo,
al calor del sepulcro, a las caricias
de la tierra y del sol, cuando el suspiro
del viento entre las hojas le decía
su adiós, el adiós íntimo;
se irguió, resucitó: lenta la sangre
subió de la raíz a los marchitos
estambres, conmoviéronse las yemas;
blando el tallo se abrió, de amor herido.

¡El amor de la vida! La corteza
dió paso al nuevo ser, que en el rocío
de la azulada aurora,
infante se asomó, recién nacido....

*
* *

La verde rama encima levantóse
en misterioso signo,
en graciosos contornos, coronando
la roja teja, el blanco canastillo.

Y ese portento mira
extasiado Calimaco;

y allí un Numen le enseña el nuevo idioma
del Arte, el grande idioma de los siglos.

Esas hojas que cifien
sobre la teja el breve canastillo,
en dibujo de rústica armonía,
con misterioso ritmo,
son la columna altiva,
la adorable columna de Corinto.

De las tumbas nacida, ¡oh hermosura
del mundo de los mundos infinito!
Perdurará tu imperio en largos años
y portentosos siglos!

Selva de bronce y mármol,
las aéreas columnas, en el límpido
fondo del cielo azul, iluminadas
por el sol, se alzarán, perenne signo
de la belleza, engendro de la vida,
de la tierra nacido,
al calor de la luz, que hasta en la tumba,
con misterioso instinto,
creó las inmortales
formas, del Arte, Espiritu divino.

Que la Tierra dió al Arte
hojas de acanto en ramo florecido:
después, la primavera
del Arte, al sol de siglos y de siglos,
con las flores cubrió de su hermosura
los continentes, a su amor rendidos;
y el mármol remontóse hasta los cielos,
índice que señala lo infinito.

EL ANGELUS DE MILLET

Es el solemne instante! la agonía
de la luz en el límite desierto. . . .
En lo alto de la torre la elegía
del campanario gime al sol que ha muerto.

Recuerdo que nos da Naturaleza
todos los días, al venir llorosas
las sombras, enseñando cómo empieza
y acaba, al fin, la nada de las cosas.

Mística golondrina, hacia los cielos
sacude la oración el ala herida:
¡desfallecientes vuelos
del hombre hacia la fuente de la vida!

El ensueño del alma que ya ha visto
la vanidad del día, que ya advierte
lo mudo, lo escondido, lo imprevisto
en el diario aviso de la muerte.

El cielo, con sus últimos fulgores,
baja a la tierra, en la pintada nube,
y amante hasta los últimos amores,
con sus nieblas la tierra al cielo sube.

Heraldo del misterio de la noche,
el bronce lanza el postrimero grito:

el cielo cierra el misterioso broche,
y queda en la quietud de lo infinito.

Y airecillo sutil trae el aliento
de las florestas de ignorada playa:
y algo como el susurro y el lamento
que, en la tiniebla, al acabar, desmaya.

Y a la argentina voz del campanario,
sobre la tierra inclina
la faz, en actitud de solitario
culto, la pobre gente campesina.

Puesta la mano encima de la azada,
miran el surco, en la penumbra oscura;
¡será el surco, en la pampa desolada,
el tálamo final— la sepultura!

Y así en las alas de lloroso ruego,
huye, allá por los ámbitos profundos,
el hombre: enfermo, abandonado, ciego,
busca a Dios en la cumbre de los mundos....

PILATOS

—Yo soy la verdad— dijo Jesús, con amargura.
Viendo ante él levantarse la pàlida figura
del Màrtir, el Procònsul, en su interior confuso,
—¿Qué es la verdad?— al Justo, con inquietud repuso;
y, la faz apacible, la frente ensangrentada,
sobre El, Jesús los rayos lanzó de su mirada....

Al fin, luchando en vano con la piedad, injusto
lavóse el Juez las manos, y ha condenado al Justo....
Sintió entonces perdida la paz, y que surgia
un gusano del fondo de su ansiedad sombría;
era que apelaba alguien allí de su sentencia:
otro Juez, la protesta del alma, ¡la conciençial!

En nombre de los dioses y a su piedad inerte,
al Santo entregó en manos del odio y de la muerte,
Mas, tiembla cuando al fondo de su interior morada,
ve de Jesús alzarse la faz ensangrentada;
de Jesús que le pide la gracia de la vida.
—¡Soy la verdad gritando.... Verdad desconocida!
Verdad, nombre ignorado de una inmortal dolencia!
y torcedor y espina del pecho, ¡la conciençial!

Huye del trono. Oculta vivienda pide al cielo;
y que nadie conozca la afrenta de su duelo.
Pero el Cielo a sus cuitas la compasión rehusa:

llega Jesús, le mira, con su mirar le acusa;
y el Juez huye temblando de la medrosa cueva;
y ¿dónde irá, si al fondo de las entrañas lleva
la llaga, la ignominia de la incurable herida
que sangra, que se rasga y es vida de su vida?

*
* *

Vendrá al fin el reposo de su dolor aciago,
que envolverán las ondas en el Estigio lago.
Piedad clama a la muerte, y hacia él llega la muerte;
mas no en sus labios bálsamo para consuelo vierte:
que la Verdad renace del fondo de su pecho,
y la Conciencia vela junto al mortuorio lecho.

*
* *

Dentro la madre tierra, bajo sus blandas flores,
ya duerme el Juez el sueño que a esclavos y señores
da Dios: ¡es la caricia que en el calor del suelo,
a la virtud y al crimen ha concedido el Cielo!
¡Y aún en el sepulcro, las flores alguien mueve,
la grama se desgarran y el suelo se remueve:
cual si, adentro, en angustia de lucha no extinguida,
pugnara por alzarse, con estertor, la vida.

*
* *

Arrancan al Procónsul de la terrible fosa,
donde despierto aguarda, donde jamás reposa,
Lejos, allá, lo llevan por tierras y por mares,
para que el sueño encuentre bajo los patrios lares.
Y ¡horror! cuando le arrojan al fondo de otra tumba,
súbito trueno estalla y en la extensión retumba;
y la urna, a que un Espíritu cual huracán azota,
la tierra conmoviendo— se ve deshecha y rota.

*
* *

Le cavan en el monte sarcófago profundo,
muy lejos de la patria y al término del mundo.
Y convulsa del monte la mole de granito,
sale en las hendiduras un pavoroso grito.
No es que Naturaleza rebélese o sucumba,
es que algo eterno yace debajo de esa tumba,
es que una fuerza nueva, la humana omnipotencia
hace temblar la tierra y el cielo: ¡la Conciencia!

NERON

¿Oís rugir el ponto en la caverna,
la medrosa caverna, donde estalla
la ola de las sirtes, en eterna
y olimpica batalla?

¿No oís cual grito de león rugiente,
el humano alarido
que, en tormentosa voz, con eco ardiente,
se derrama en clamor, canto y gemido?

Nidada de serpientes, su cabeza
cubre la frente con anillos rojos;
de sus punzantes cejas la aspereza
da sombra triste a sus feroces ojos.

Ojos que sobre víctimas se lanzan,
que miran en la noche, y se abalanzan
con miradas de sangre. . . . Sima impura,
do la blasfemia hierva, su ancha boca
abierta —es la de un tigre en el desierto—,
como caverna oscura
se abre entre labios de afilada roca;
y tiene su nariz de mármol yerto
del agudo puñal la curvatura.

Sus dientes, como aceros resonantes,
crujen; cálido viento,

al estallar sus cóleras gigantes,
brota de sus entrañas palpitantes
de la pasión el encendido aliento.

¡Es el tremendo lirico de Roma,
que eterno como un Dios, lleva su pena!
La herida frente en ansiedad desploma
y con su maldición la mar atruena.

De la gruta en las lóbregas entrañas
aturde de su voz el ronco trueno;
su voz, de las montañas
se abre camino en el oscuro seno.

Perenne es su dolor: vive en la herida
que en su cuello rasgó sangrienta boca.
Por acabar la vida,
al fin, quisiera, en amargura loca,
llevar al corazón la hoja homicida. . . .
Mas, le detiene el Cielo. . . . En vano invoca
a los eternos dioses: perecieron
como flores de extinta primavera,
que en las alas se fueron
de fugitiva brisa, mensajera
de otra estación. . . .

Quiere ensayar la lira,
con que en aquellos tiempos de su gloria
cantó: la cuerda sin compás suspira;
demanda en vano el ritmo a la memoria.

De la memoria en los lejanos ecos
llegan sólo del pobre los clamores,
de las hogueras los murmullos secos
y gritos de los odios rugidores.

Huye de los espectros del pasado:
como una inmensa antorcha ante su vista

Roma aparece, si el laúd dorado
pulsa el terrible Artista...

Sueña en mullido lecho
donde el remordimiento dormir pueda:
tenaz se hiere el pecho
y se rasga la túnica de seda.

Y, una vez y otra prueba
a hundirse el hierro, en vértigos de infierno;
en vano contra el Cielo se subleva;
que el Cielo escuda su dolor eterno,
su pena siempre nueva.

Y si, en breve ocasión, del sol un rayo
al antro oscuro llega,
abre sus ojos con mortal desmayo,
y maldice la luz, y cae y ciega.

Que, lívida y sangrienta
tras la niebla marina,
al cárdeno fulgor de la tormenta,
una sombra aparece.... ¡Es Agripina!

*

* * *

Dejadle en paz, ¡oh dioses! en la gruta,
desesperado: a solas
brame la fiera hirsuta
remedando el ladrido de las olas.

Dejadle en la caverna,
lanzar el austro y empujar el noto;
y sacudir la frente, en lid eterna,
por la tierra llevando el terremoto.

Viva como la noche y la tormenta,
como la mar traidora:—
¡fulgor que siempre alienta,
y voz que siempre blasfemando llora!....

LA ALHAMBRA

El Rey Moro dice:— Fátima adorada,
el clavel moreno, la rosa de abril,
te daré en la cumbre que cierra Granada,
para tus delicias, palacio y pensil.

Pondré en el cimiento de aquel las entrañas
del mármol —hechura suprema de Alah:
de nuestras nevadas, gigantes montañas
tu alcázar la eterna firmeza tendrá.

Sus leves columnas serán la palmera
que sube, que busca caricias de sol;
florezca en el friso verde primavera,
grandeza y decoro del suelo español.

Allí en la columna de extraña hermosura,
el arco apuntando dará el capítel
la rara, arrogante, la breve herradura
del mío —que es tuyo— del bravo corcel.

Ese arco recuerde la bélica escena,
del campo guerrero la marcha tenaz,
la justa galante del circo en la arena,
del zoco en los juegos la danza a compás.

Semejen sus muros, del cielo africano
las nubes teñidas de gualda y azul.
En múltiples prismas pintor soberano
del cielo allí trace la alfombra de tul.

Endechas y cantos de místicos seres,
el oculto idioma de amores allí,
del libro de enigmas en los caracteres
diga y los encantos de cándida huri.

Sea cual mi manto la esbelta techumbre,
roja como es roja la púrpura real;
y del regio alcázar corone la cumbre
la luna, esa blanca visión celestial.

Ascienden las torres bermejas al cielo,
como alas abiertas que incita el amor:
las alas abiertas desaten el vuelo,
buscando en la altura del sol el fulgor.

Sagrados laureles y mirtos oscuros
perennes se elevan ¡Oh hermosa, por til,
la yedra invencible se abraza a los muros,
en tiernas caricias ¡Fátima, por mi!

Y abajo arrayanes y negros cipreses,
el agua en la fuente de piedra tenaz,
se queda llorando futuros reveses,
mis muertos amores, mi dicha fugaz.

La fuente en invierno, la fuente en estio
del que te adoraba dirá la canción:
el agua en el mármol será el llanto mío,
brotado de adentro de mi corazón.

Qué siglos pasaron, llevando en sus hombros
reyes, pueblos, toda la distante edad:

doquiera quedaron los mudos escombros,
las naciones muertas, la muerta ciudad.

Tan sólo el alcázar de sutil encaje
que un rey levantara, nido del amor,
se alza desde el fondo del negro boscaje,
como maravilla de un vergel en flor.

Al cielo se encumbran mirtos y cipreses,
al mármol se enreda nieve del jazmín,
suspiros se escuchan en los ajimeces,
aires acarician dentro del jardín.

De la luna nueva sobre la montaña
surge de repente blanca aparición;
y en el minarete, con su luz se baña
la otra media luna, que es regio blasón.

El agua en las conchas de mármol plañendo
pasadas venturas parece que está;
algo entre las rosas suspira gimiendo,
quizá por la ausente Fátima, quizá.

En la noche llega como una paloma,
perdida en las gasas de blanco alquicel,
cuando en la ventana del patio se asoma
el Rey, que la busca dentro del vergel! . . .

Amor que no acaba, que vive, que crece,
en una perpetua, feliz juventud;
la brisa resuena como si sintiese,
y remeda el agua sonos de laúd.

Vive en el prodigio del alcázar, urna,
urna cineraria de un fiel corazón,
que llena y encanta la calma nocturna
con voz y suspiros de dulce canción . . .

SAN FRANCISCO

Ante el Cuadro de Velázquez

De Albernia en la ladera,
en grata soledad, ora Francisco—
esa dulce ovejilla del aprisco
del Señor —

Algo pide y algo espera,
cuando ante el Crucifijo,
abrazado a sus pies, sobre ellos llora.
Y habla el Señor el Serafin que implora
y languidece en sus ternuras:

¡Hijo,
hijo!— y arranca de la cruz el brazo,
y a Francisco lo extiende y le aprisiona
con amoroso lazo,
y una espina le da de su corona.

Y la pobre ovejuela
del Señor siente, en ansias sin medida,
desfallecer y sucumbir: la vida
con la emoción se hiela.

Y despierta.— ¡Por qué, Señor, me estrechas
con sólo un brazo, y celos ¡ay de mil,

en mi miseria enciendes?—
Y el Señor, disparándole las flechas
de su mirada, dicele:— Te di
un solo brazo, por mi amor: ¿no entiendes?—
el otro queda a padecer por ti.

LAOCOONTE

El rey de la montaña, el Himalaya
se alza envuelto en su sábana de nieve;
y al pie besando la aromada playa
el golfo en suave ondulación se mueve.

¡Tierra de plenitud! Allí derraman
flores exuberantes primaveras,
celestiales esencias embalsaman,
y suenan como lira las palmeras.

La montaña y el cielo, el bosque en torno,
¡oh viciosa, gentil Naturaleza!
que, al aliento del sol, en el bochorno,
desnuda al sol la germinal belleza!

¡Tierra de amor!, allí la aguda garra
del águila labró a su amor el lecho,
en las faldas del monte, en la pizarra,
que vistieron el musgo y el helecho.

En la quietud de lo que nadie asecha,
al fondo de su nido,
a sus polluelos con afán estrecha,
en la paz más feliz— la del olvido.

Al primer rayo de la nueva aurora,
el águila saluda con el grito
del mar la inmensidad que el alba dora,
el gigantesco monte, el infinito.

Las alas bate; y desatando el vuelo
en las ondas de luz de la montaña,
no sacia allá en la inmensidad su anhelo,
porque desde la altura soberana,
mira abajo su nido— que es su cielo.

En la lejana cresta el disco inclina
el sol. . . . Y torna el ave viajera,
cuando la tierra amante se ilumina,
del sol ya ausente con la luz postrera.

Ebria de vida y lumbre,
el águila imperial su nido busca,
antes que encima de la nivea cumbre
la luna, nuncio de tristezas, luzca.

Ya fatigada llega;
el corazón con inquietud se agita:
algo teme, las alas mustia pliega,
y en su lecho de amor se precipita.

Que, no como en la aurora,
piando alegres sus polluelos saltan:
que oro viviente y grama tembladora
el terciopelo de su nido esmaltan.

Que en la mullida seda
de aquellos frutos de su amor inerme,
la víbora se enreda,
y cuan traidora duerme!

¡Oh solitaria escena!
la moribunda luz del sol alumbra,
luz de misterio llena
que va a desvanecerse en la penumbra!...

El águila imperial las alas bate,
lanza el mortal graznido
de muerte y de combate,
y reto y alarido.

Disparada saeta, en la serpiente
hinca la férrea garra,
esa de acero hiriente
que acomete, que hiende y que desgarrar.

Mientras alza la víbora sañuda
la cabeza ya erguida a la venganza;
dentro las fauces un puñal desnuda,
¡la lengua! y presta a combatir, se lanza.

Y al águila estrechando en sus anillos,
en la pérfida herida,
licor vierten sus húmedos colmillos:
licor que arranca con dolor la vida.

¡Ayl por última vez, saluda a lo alto
el ave, con el vértigo del ala
tienta el postrer asalto,
febril aliento exhala.

Más allá de los montes y la nube,
con aquel monstruo que en sus alas siente;
quiere huir por los cielos: sube, sube,
mas se enrosca a su cuello la serpiente.

La víbora tenaz el nudo aprieta,
cuando en sus carnes prende
la airada garra el águila— el atleta
de los aires, que asciende y siempre asciende.

El postrer eco de furor se escucha:
intimo acento de temor y duelo.
Naturaleza, tu perenne lucha
llevas también al impasible cielo.

La tarde ya se aleja
y se despide de la blanca luna,
que surgiendo del ponto se asemeja
a la diosa del mar....

En la laguna,
cuando los astros en lo azul se encienden,
¡elegia final, misero estrago!
la serpiente y el águila descenden;
y tumba dales el tranquilo lago.

Y tú, Naturaleza indiferente,
prosigues siempre la jornada cierta,
Los nenúfares blancos solamente
se inclinan en el lago blandamente,
sobre la tumba de la madre muerta....

LA INOCENCIA

¿Dónde no está el dolor? ¡Quien lo creyera!
Semiramis sentía
el viejo hastio, la nostalgia triste:
que si apuró el placer, en otro espera,
entregada a mortal melancolía
y al tedio de la vida....

¡Quién resiste
a la ilusión que es forma de la pena,
que ritmos trae de ignorada playa,
y cuando apenas la ventura ensaya,
las insaciables almas envenena?

Semiramis arastra el manto de oro;
y aprisionada en túnica de seda,
al blanco cuello enreda
cinta de perlas, simbolo de lloro.
En la ondulante cabellera blonda,
lucen cual las estrellas de la noche,
sobre esmalte el prodigio de Golconda
y de diamantes apretado broche.
En el turgente seno, mal velados
por el purpúreo manto, de la espalda
cambian sus resplandores encontrados
rubi sangriento, límpida esmeralda.

A Semiramis glorial, a la señora
de Babilonia grande! ¿Quién como ella?
Júpiter la ama, su ciudad la adora.
¡Gloria a la Emperatriz radiante y bella!
La turba esclava busca
el oro que en los antros se atesora,
a que pródigo luzca
en el palacio de su diosa... Flora
adereza la estancia y los jardines,
vacía en la aura serena
la esencia del rosal y los jazmines
y enseña su canción a Filomena.
Mas, Semiramis pasa cavilando
y al bosque váse, y mira:
piensa no sabe en qué, o está soñando;
y en el regazo del placer suspira;
porque la Reina siente,
que es el diamante oscuro
y un andrajo la púrpura de oriente;
pues, una noche, desde el regio muro,
al rayo de la luna,
del imperial jardín en la laguna,
sorprendió que pacía entre las flores,
¿quizá visión?, un corderillo breve,
copo de aérea nieve,
tenue jirón de cándidos vapores.

Desde entonces, la Reina vestir sueña
aquella blanca veste.
Turba de esclavos por colmar se empeña
su ambición... Y ya invade el bosque agreste;
y al misterioso rayo de la luna,
al fin en las veredas
del bosque oscuro, junto a la laguna,
el corderillo asoma....

huye por las lejanas alamedas,
cruza la agreste loma.
La turba hostiga a la voraz jauría,
y el bosque atruenan voces y clamores;
y el cual jirón de la arboleda umbria,
escóndese en las flores,
por las umbrias váse
y al fin velado en la impalpable bruma,
en la orilla del lago, se deshace...
como un copo de espuma...

* * *

Y Semiramis triste,
sueña aún en la blanca vestidura,
y en su arduo afán insiste:
y a la empresa se atreve,
con nuevo ardor, y al campo se aventura
la aduladora plebe.
Y Semiramis dice: —El ágil paso
córtele al punto la veloz jauría,
y empujadla hacia el lado del ocaso,
del bosque a las recónditas entrañas,
en donde el cieno cría
el junco y las sonantes espadañas.
Es tan puro y gracioso,
que entregará su cuello a vuestra mano,
el corderillo hermoso,
no el vellón al pantano.

Al declinar la noche, cuando el astro
de los amantes en la aurora inclina
el disco y un destello de alabastro,
diáfano y sereno,
la alameda de mirtos ilumina,
y el tremedal de cieno;
llega de los vergeles del oriente

el blanco corderillo, entre el rugido
de la feroz jauría... Allí está en frente
del turbio lago la invadible orilla...
Dando al viento y las flores un balido
no la veste mancilla;
y, aún oliente a nardo y a tomillo,
indiferente a la fortuna ciega,
el pobre corderillo,
a su suerte se entrega...

* * *

Semiramis dichosa,
la excelsa, la envidiada soberana,
de Babilonia diosa,
a la turba congrega cortesana.

Asoma por las salas
del gran festin, radiante de alegría,
con imperiales galas
astro de reluciente pedrería.
Y el palpitante seno
concha de nácar, vaso de la muerte,
y perfumado cieno,
con no estudiado aliño,
jinjuría de la suerte!
cubre la piel del inocente armiño!
Ser sin ventura, víctima doliente
de insaciable porfía,
él que del fango huía,
cual de la sombra la gentil aurora,
¡viste hoy el fango humano, pestilente!,
cubre tanta grandeza pecadora!

ANDINA

Del viejo Tungurahua
en las rasgadas fauces, como un risco
de la agreste montaña,
el cóndor cuelga el voluptuoso nido.
Allí, en lejana edad, la lava hirviente
calcínó las espaldas de granito
del monte altivo que sustenta el cielo
con la cerviz, que desafió a los siglos,
y sobre la región de las tormentas
las cóleras encumbra del abismo.

¡Amor, dónde no tejes
el leve estambre de tu tela? Esquivo,
en los prados en flor, en la desierta
cumbre tejes el nido!...
El ave de los Andes, en la roca,
disputada al furor del torbellino,
concede a su ternura
un rincón, un asilo,
aunque encima la nube tempestuosa
empuje sus pesados remolinos,
aunque desgaje el rayo
los cráteres erguidos
y el viento, el férreo viento de las cimas,
azote las almenas de granito.

La blanca pluma en torno a la garganta
como un collar de perlas, encendidos
los indomables ojos
entre cercos de sangre, el férreo pico,
la airada garra; las tronantes alas,
esas liras del páramo sombrío,
que en vibración sonora
se extienden con las iras del instinto;
la negra cola que en los anchos pliegues
la nieve guarda; el poderoso grito,
que sonando en los aires superiores,
como bronce del cielo y del abismo,
poema de las rocas y los hielos,
turba la soledad del infinito:
¡oh cuán hermosa el águila sagrada,
el ave de los Incas, que su nido
forma en las altas crestas
que coronan el páramo sombrío.

*

* *

Es la hora del amor! Sobre las nieves
tenue se extiende el rayo vespertino,
cuando el primer lucero
asoma en lo infinito;
sus cóleras aquieta
el huracán; desde los altos riscos
de ocaso, el sol, con franjas de colores,
e irisados anillos,
del Tungurahua ciñe
el gigantesco pico...

De los desiertos cielos viajero,
amante de la luz, de luz henchido,
para plegar las fatigadas alas,
en el calor y dicha del instinto,
en pos de las caricias de la noche,
llega el cóndor andino,

Y al llegar junto al cráter,
en que guarda su nido,
donde fueron las férvidas ternuras
y los amores íntimos;
clamor de las entrañas desgarradas,
inmenso, fiero, altivo,
los ecos de la altura fatigando,
resuena su graznido.
Y a la poniente luz que sus destellos
lanza de oriente a los lejanos riscos,
en la más alta cima, el viejo cóndor,
con el valor olímpico,
de su postrer hazaña,
en el vasto palenque del vacío
sobre el rival que le usurpó la dicha,
que ha mancillado el nido,
la garra prende, la nerviosa garra
y el acerado pico....
Y el rival, para muerte o para vida,
resiste al desafío,
con el furor de las potentes alas
y con las puntas de la garra....
Horrisono combate que el desierto de la cumbre
llena con alaridos,
que al cráter van, en los medrosos ecos,
por los antros sombríos.

* * *
La contienda dilatan largamente
los cóndores andinos,
ya sus sangrientas alas
truenan cual liras del furor.

Tranquilo
ya el genio de la sombra,
hollando las alfombras de rocío,

desde los valles sube, indiferente
a las luchas del cielo y del abismo,
y al monte se adelanta.

Y ronco y súbito,
revuelve sus entrañas,
vacilando en terrible paroxismo,
el viejo Tungurahua, que dormía
largo sueño de siglos.
Coronado de llama, tiembla, ruga,
y desde los cimientos del abismo,
su soplo esparce, en convulsión se rasga.
Sobre el cráter hendido
se asombra el cielo, no aparece el cielo,
la tierra su eje inclina; en torbellinos
y ondas de cienos, vaporosas lavas
e incandescentes riscos,
el monstruo inunda los convulsos antros,
funde la nieve; y de vapor henchido
con llamas y cenizas
llena la soledad del infinito.

Y, ¡oh vértigo del odio!,
luchan aún los cóndores, perdidos
en lava y humareda, indiferentes
al grande cataclismo,
de esa lid de la sombra y de la hoguera
los únicos testigos;
hasta que los avienta por el éter
el aliento final del torbellino....

Se ve, como al destello de un relámpago,
de su combate olímpico
el último batir de alas que incendia
el aliento inflamado del abismo.

¿A do fueron? El Cielo, sólo el Cielo
sabe de las venganzas del destino....

LA LEYENDA DEL LOTO

El lago profundo, dormidas las ondas;
el viento, embriagado de aromas, el ala
despliega, en lo oculto de grietas y frondas,
y sobre las gramas que peina, resbala.
El cielo, ese encaje de niveas estrellas,
se mira en el fondo de aquella laguna;
insectos dorados lucen sus centellas,
y todo a la lumbre de pálida luna.
Qué hermosa la noche, qué hermosa le tierra
del Indo, do al cielo se elevan las palmas;
gentil horizonte se acerca, se cierra:
jedén del ensueño y edén de las almas!
NALA es el dichoso, que en la noche aquesa,
de MIDA en las faldas la frente reclina.
La barca en que juntos se van llega, y besa
la faz temblorosa del agua argentina.
De ese instante nadie turba los amores;
las almas, las vidas se funden en una;
hablan con caricias y aromas las flores,
y todo a la lumbre de pálida luna.

*
*
*

—¡Qué linda la noche, su albor cual la nieve!
—¡Cuán dulce el almibar de nuestra ternura!

—Más cerca, más cerca, mi bien, ¡es tan breve
el frágil momento de nuestra ventura!

—Si el amor es sólo la tela de un lirio,
si la dicha queda muy luego perdida;
en medio este instante de intenso delirio,
¡estallen dos almas y acabe la vida!—

La barca en las aguas se va, resbalando,
un nimbo la cubre de nitida bruma.

El remo golpea tan blando, tan blando,
y al golpear deshace la flor de la espuma.

Algo por los aires se mece, se agita;
lánguidas inclinan la frente las palmas:

¡es Naturaleza que al amor palpita;
ella, eco sonoro que tienen las almas!

¡Qué hermosa la noche, la tierra qué hermosa!
El viento parece salir desde la urna

del jazmín. ¡Cuán bella la selva reposa,
cuán bella y serena la calma nocturna!

*
*
*

Detrás de la prora, siguiendo la estela,
cual centellas arden dos ojos de fuego:

dos ojos que alumbran un rostro que cela,
y húndense en las aguas y aparecen luego.

Es SIVA, el ardiente sátiro que acecha
las ajenas dichas, que tasa sus horas.

Bajo la barquilla, cual luciente flecha,
saltan sus miradas, saltan traidoras.

Y los dos amantes no saben que ruje,
que sigue sus pasos el Monstruo celoso;

no sienten que avanza, que el vórtice cruje,
que alguien desde el fondo se alza receloso.

El Monstruo se oculta bajo la barquilla,
en sus férreos brazos luego la aprisiona;

y, cuando la luna más limpida brilla
y más dulce el aura su canción entona;

cuando ósculo ardiente de los dos amantes

se oye cual susurro de céfiro vago,
húndese la barca; y ellos palpitanes,
caen abrazados al fondo del lago.
Del numen del sueño, del dios del olvido,
la sombra preside la lúgubre escena.
El lago sus linfas extiende dormido,
y duerme en las linfas la brisa serena,
¡Oh dulce tragedia de aquellos amores!,
dos almas, dos vidas se funden en una.
Júntase el perfume de dos muertas flores,
al beso, en el lago, de pálida luna.

*
* *

Mas, la Primavera llega; Primavera
alma de la tierra, siempre bienvenida.
El aura susurra, cuerda lisonjera,
el agua palpita con ritmo de vida.
Y allí donde NALA con MIDA en las olas
duerme en lo profundo del lago risueño,
surgen, con nevadas, hermosas corolas,
dos cálices blancos, cual flores de ensueño.
De pálida luna tienen la blancura,
la palidez tienen de las alboradas:
flores de las almas, de austera hermosura,
flores de los genios, flores de las hadas.
¡Son los blancos lotos, con azul de cielo,
sensibles barquillas del trémulo lago,
que como dos alas ensayan el vuelo,
heridas al soplo del céfiro vago.
¡Solitarias flores!, marmóreas corolas
sobre un tallo MIDA, sobre un tallo NALA,
se inclinan, se besan, al ir de las olas;
y al beso, perfumes el caliz exhala.
¡Flores del ensueño, de la tumba flores!,
en un tallo NALA y en un tallo MIDA:
son la primavera de eternos amores,
del amor la vida, del alma la vida!

DE ARTE POETICA

Preludio

En este siglo que el laúd de acero
pide que con estrépito le aclamen,
también la voz lanzar discreta quiero
para la recompensa del certamen.

No siete cuerdas sólo la áurea lira,
cien cuerdas tiene. Al genio multiforme
place la realidad, luego delira;
ya crea lo sublime o lo deforme.

De la opinión en las contrarias ondas
bogue mi humilde barca... Desde el Lacio,
a mi canción de ingenuidad respondas,
en la cátedra excelsa, viejo Horacio.

Y de la idea en el febril tumulto,
del verbo en las candentes inquietudes,
del arte, de su esencia, de su culto,
hable yo a las curiosas multitudes.

Que la lira no es sólo el instrumento
florido de ilusión. Transfigurada,
hoy en la cumbre está del pensamiento,
y al mundo da la ley, cetro y espada.

I Arte Nuevo

Hermanos de la lira, ruiseñores
de la remota edad, la nueva os pide
otro ritmo. El laúd de los cantores
del antiguo ideal ya se despide.

Por senda oculta hacia ignoradas cumbres,
llevando el paso a lo inmortal futuro,
ebrias de inspiración las muchedumbres
un astro buscan al confín oscuro.

¿No acertáis a beber en otro vaso
que el que colmó la vieja fantasía?
Reclama el siglo el ritmo de su paso,
su ritmo la más bella poesía.

Magno es el mundo de hoy, la gloria os cela;
sus escogidos sois: es vuestra la hora.
El ideal que en las tinieblas vela
va a sentir la caricia de la aurora.

Y el canto en ondas de pasión divinas,
llegando desde incógnitas fronteras,
va a estremecer las cuerdas argentinas
y a inundar de armonía las esferas.

¿Y quién detendrá el numen? Arrogante
lánzase al frente de la marcha eterna,
empujando a las razas adelante—
luz de la humanidad, que la gobierna.

II Falsificación de la Naturaleza

Naturaleza, a plenitud bizarra
nació en tu seno la inmortal belleza.
Cante el águila audaz, no la cigarra
te plagie ¡oh inmortal naturaleza!

¿Podrá alcanzar tu no aprendido idioma
el cervatillo que triscando bala?,
¿tu secreto poseer, tu oculto aroma,
tu son que en odas rítmicas se exhala?

Se encarna, para vida del poema,
el alma en la materia de que es verbo:
el hombre centro de inmortal sistema,
es su oráculo y rey, nunca su siervo.

Desde el astro a la flor, desde la gota
de agua al mar, en escala de armonía,
todo siente el espíritu y la ignota
fuerza de la invencible poesía.

El cosmos canta: en palpitantes gamas,
su ritmo estalla...! Qué olas de cantares,
épicas marchas y terribles dramas
en el cielo, en la tierra y en los mares!

La epopeya triunfal de las estrellas,
su vuelo en las esferas circunscrito,
sus mensajes de luz: ¡grandes y bellas,
las escenas sin voz de lo infinito!

Y de las flores la sencilla gracia
y del viento el amor, que en la floresta
en las corrientes trémulo se espacia
con voz de llanto o con rumor de fiesta.

Y tú, sin escuchar los interiores
coloquios de los seres ¿asi mientes
de las selvas, los pájaros, las flores,
de la luna, del céfiro y las fuentes?

Y mientras chillas, invisible insecto,
el sol inunda la extensión serena
y el ritmo de los mundos, en perfecto
acorde, todo el universo llena.

Absortos ante el cuadro del paisaje
y el oceano y la pampa y las montañas,
en frente lo risueño y lo salvaje,
al filtrar la emoción en las entrañas,

no lancemos el genio a la carrera,
como a corcel sin freno en la llanura.
Naturaleza espléndida y entera
pide otro culto al dios de su hermosura.

Y hablemos en su lengua maravillas:
génesis de la yema y el capullo
y la germinación de las semillas
y el primer trino y el primer arrullo.

Sean tributo en las campestres aras,
no artificiales flores, frescas flores,
nutridas siempre por las fuentes claras
y empapadas en rústicos olores.

El alma es el idioma de las cosas,
y el mundo todo a su virtud se anima;
y el alma en las imágenes hermosas
a lo alto, a lo más alto se sublima.

El movimiento en vastas armonías
se extiende —luz, calor, inteligencia—
del caos las primeras energías
y siempre la suprema omnipotencia.

Del Creador la omnipotencia al numen
desciende en la centella inspiradora;
y el genio llega, espléndido resumen
de la potencia humana engendradora.

Así, de la gentil naturaleza
asciende al mismo Dios de que es venida,
la varia, enorme, universal belleza,
flor del mundo, del cielo y de la vida.

III

El Arte solitario

Taciturno poeta, en el retiro
de la soberbia, rimas egoísta:
perlas de oriente, múrice de Tiro
para ti solo, peregrino artista.

El sello imprimes soberano en todo,
cierras en torno a ti los horizontes;
y los mundos están siempre de modo
que es bello el mar, las tierras y los montes.

Y todo el vasto cuadro que resume
de la varia unidad el gran sistema,
en el que flota— espiritual perfume,
la inconfundible esencia del poema.

Tu acento, en el orgullo de la duda,
acento viene inarmonioso, hueco.
Contigo sólo va tu sombra, ruda,
tu palabra interior muere sin eco.

La queja a seres insensibles dices,
víctima y dios sobre el altar te ínmoles.
Te dió el Cielo su sol, y le maldices;
almas cuan buenas hay, y estás a solas.

Rompe las cuerdas ya, nadie te espera,
rómpelas en tu inútil agonía:
la fosca realidad tu compañera
ni aun la piedad te da de su elegía.

Pasa a morir... y rodarás al fondo
de aquel abismo de dolor, en donde,
en lo más sepulcral, tétrico y hondo,
el olvido a sus víctimas esconde.

IV

Pesimismo

Otro cantor sin nombre se aventura
en estrechos y lúgubres senderos.
Corre en pos de una anémica hermosura:
no el sol, le alumbran pálidos luceros.

Es su cadencia el ósculo lascivo,
y la blasfemia, de su mal remedio.
A su ansiedad febril el estro esquivo,
rompe en el son de la embriaguez y el tedio.

Rebelde al bien, en busca de una amada
que el delirio engendró, cerró los ojos,
y arrastrándose luego ante la nada,
de una aérea visión, cayo de hinojos.

Cayó para adorar lo que no adoran
ni aun los groseros, insensibles seres:
en el hombre las ansias que desdoran
y la fiebre en las lánguidas mujeres.

Perdido al fin el prístino decoro,
el fango inquiera, de él la savia exprime:
sólo es nervios el alma y agua el lloro,
herencia el vicio, espasmo lo sublime.

La miserable humanidad en vano
intenta lo inmortal; frágil arteria,
fuente de sangre, el corazón humano—
nació de la miseria, es la miseria.

Del hierro queda nada más que escoria,
es sueño y vanidad lo que se mira,
la vida una ilusión, sueño la gloria,
el alma otra ilusión y Dios mentira....

¿El arte acaso es la bajeza; el arte
flor que del árbol brota en la eminencia,
símbolo de la historia y mejor parte?
y culto y redención de una creencia?

De una dulce creencia que no engaña,
que no se rinde al fuego de la suerte:
heroísmo del alma, nuestra hazaña
contra la omnipotencia de la muerte.

Si el que canta, el que sueña, el que delira
para esclavo de esclavos es nacido,
y el mundo es cieno, ¿para qué la lira?
Arrojadla en las aguas del olvido!

Y reine al fin la realidad oscura
que estrecha el horizonte y que lo asombra.
¡Salve a la realidad, a esa hermosura,
más que sombra, la sombra de una sombra!

La tristeza profunda es una
esencia lo mismo que el agua,
lleva de un lado al otro el mundo
como si se tratara de un río.

El mundo queda todo más oscuro
de un lado y de otro se ve
la vida que lucha contra la muerte
en una gran batalla y los muertos

V
Por que el amor es la emoción
siempre de la mejor parte
y culto y respetado en los creyentes

Falso dolor

Por selva oscura con terror te alejas,
a insepulta beldad llamas a gritos
y te ahoga el sollozo de tus quejas:
lúgubre culto, solitarios ritos!

¡Tregua, bardo infeliz, tregua a la pena!
que ese laúd de antiguos desengaños
la cadencia perdió, y otro resuena,
al ritmo inevitable de los años.

No escarbes dentro el lacerado seno,
no hundas sangrienta garra en las heridas.
¿Por qué apurar la copa de veneno
por dolencias soñadas o fingidas?

¿No sabes que la lira con que engañas
suena un instante y muere, que el gemido,
si no arranca de adentro las entrañas
es llama sin calor, eco sin ruido?

Nadie acude a escucharte, plañidera
que la extensión con el clamor fatigas,
cuando la luz en la amplitud impera,
ya a ella en ondas se inclinan las espigas.

Es sagrado el dolor, Rayo del cielo
que la corteza quema y parte el tronco.
El árbol roto rindese hasta el suelo,
las ramas crujen con murmullo ronco.

Mas presto eleva la orgullosa rama
la copa, donde al rayo las divinas
huellas dejó de la sagrada llama
y allí la majestad de las ruinas.

El arte dentro de esos leños rotos,
bajo la cicatriz de la corteza,
recoge en el cristal sumos ignotos,
el perfume final de la belleza.

El dolor vario, inmenso como el orbe,
en torno y dentro está de nuestras almas,
y nos lleva y arrastra y nos absorbe
de la vida en las luchas y en las calmas.

Que de la vida el insondable duelo
es más de la mitad de la belleza:
lluvia y rocío que ha llorado el cielo
sobre nuestra mortal naturaleza.

Para la belleza que el mundo
le hace falta y el mundo le
le hace falta el mundo le
le hace falta como la vida

Existe una vida que se
no se vive sin la vida
no se vive sin la vida
no se vive sin la vida

El mundo es un mundo
el mundo es un mundo
el mundo es un mundo
el mundo es un mundo

VI
Ciencia y Arte

Se alzó la ciencia de ambición liviana,
para matar la inútil poesía.
Conquistadora luego y soberana,
un trono improvisó su rebeldía.

Empresa local, al carro del instinto
uncir al arte, de la vida encanto;
tornar al polvo el armonioso plinto,
la asiria rosa y el gracioso acanto,

para la helada mole alzar encima,
la línea recta y el contorno yerto,
do nunca el numen la materia anima
y todo está como la nada muerto!

Empresa local El genio se adelanta
en las rutas de luz de lo infinito,
en lo alto afirma la segura planta,
en lo alto lanza el soberano grito.

El grito de victoria... Transformado
el numen rige en una y otra esfera,
y otra vez de la fama en el senado
el sabio escucha y el poeta impera.

¡Vano es luchar con la armonia, vida,
alma del universo: por la Gracia,
la ciencia a sus caricias redimida,
florece en torno y sus perfumes vacía.

Y los áridos números transforma
el Arte luego en la eclosión del metro;
la materia se trueca en áurea forma:
sintió del dios inspirador el cetro.

Perdió el carbón el tinte de la noche,
gentil artista lo cambió en diamante
de limpias aguas que en gracioso broche
luce emulando a estrella rutilante.

Del árbol de la ciencia, en la corteza,
abrió el botón la nitida hendidura;
y dei leño en la inútil aspereza
surgirá al fin la flor de la hermosura.

Así, nutridas de celeste llama,
hijas entrambas del amor del Día,
para vencer al mundo y a la fama,
son ya una sola: Ciencia y Poesía.

VII

Seudo Clasicismo

¡Mancilla al mármol secular de Paros!
De Hélade vagan en las sacras ruinas;
sin culto y sin altar, vates ignaros,
aves de los sepulcros peregrinas.

No el astro enciende el resplandor febeo
y no palpita ya la estatua griega,
que duerme en el silencio del museo,
y sorda está y abandonada y ciega.

¡Cuán tarde, vate, llegas. En la playa
de Atica la ola sin rumor respira,
e ignorante pastor la flauta ensaya
donde de Homero resonó la lira.

¿Quién dará vida al que ha callado y muerto?
No el oráculo el tripode estremece.
De mutilados torsos, polvo yerto
cubre las ruinas donde el musgo crece.

El ritmo se extinguió del griego coro,
el viento sin acordes se desliza.
Del fresco rosicler, del polvo de oro
el insecto dejó sólo ceniza.

¿A qué buscar, en viejo cementerio,
de la presente edad el prototipo?
Hoy la Belleza de inmortal imperio
su Venus tiene y el Dolor su Edipo.

Sin rendir culto a los risueños dioses,
de la adorada antigüedad, su forma
juntemos con los números y voces
en que hoy el Arte su vigor transforma,

guardando en el poético ejercicio
el lírico furor, la hermosa línea,
el tesoro de Grecia: de Dionisio,
de la deidad magnífica Apolínea.

En la forma sutil de nuevo orfebre
unid la antigua excelsitud serena
con el soplo interior, como de fiebre,
que surge y nos envuelve y enajena.

Es perpetua esa herencia: su simiente
en toda edad encuentra primavera.
Lejano el manantial, pero la fuente
es la misma, la antigua, la primera.

Aunque de esa hermosura ya insensible
la línea queda y el contorno queda,
el alma es nuestra, de hoy; y es imposible
que aquel muerto ideal sentirse pueda.

Si queremos quedar para la gloria,
bebamos en el ánfora divina
de Grecia, el vino de la propia historia,
que es nuestra sangre indígena y latina.

Somos de nuestra edad: del alma de ella
brote nuestra canción; nunca a las fatuas
lumbres que un astro pálido destella,
adoremos las rígidas estatuas.

¿A qué desenterrar muertas leyendas,
a qué turbar el sepulcral reposo?
¿No tenemos aquí las amplias sendas
de un siglo gigantesco y pavoroso?

Aunque rendidos al dorado yugo
de la forma gentil que nunca pasa,
en las ánforas viejas nuevo jugo,
nos embriague en las fiestas de la casa.

El astro excelso de la edad moderna,
la cruz, de almas y siglos redentora,
esplende aún, la humanidad gobierna,
y si al ocaso va, tendrá otra aurora.

VIII La Lira del Amor

En transportes de lirico arrebató,
germen sin surco y ala sin destino,
el amor finges, trovador barato,
y siervo del eterno femenino.

No por ti vuelven a plebeya escena
las diosas del amor: la de la espuma
del griego mar, la inevitable Helena
y las hadas del bosque y de la bruma.

En tu pensil que la maleza invade
Laura no asomará, no Leonora
se humillará cuando tu amor le enfade:
¡Déte otra Arcadia amor de una pastora!

¿Has pisado el umbral de Margarita?
¿Al florecer la aurora de Julieta
para el encanto y gloria de la cita,
se estremece tu ronca pandereta?

¿Puedes seguir a Cloe en las orillas
y el pie lavar de la gentil zagala;
y tú esas cosas sentirás, sencillas
como el aroma que una flor exhala?

¡No toques de Desdémona la puerta
ni de Eloisa turbes el martirio!
¿Tú despertar a Ofelia?, no despierta
para ti ese ángel de gentil delirio.

¡Y la diva, la excelsa criatura,
hallada en lo más alto del camino!
¡Beatriz!, no profanes su blancura!,
te cegará su resplandor divino.

Que hablar de la pasión la arcana lengua
tan sólo al genio creador es dado;
y el amor— de las bajas almas mengua,
será sentido, pero no cantado.

Bardo, ¿a tus trovas no otro asunto buscas?,
sólo te enciende el material instinto,
al fulgor del relámpago te ofuscas,
ciegas en el humano laberinto?

La vida es grande, inmensa, multiforme,
tan vasta como el mundo: en las esferas
del más allá se extiende; etérea, enorme,
ni en el cielo se cierran sus fronteras.

¡Dios, Patria, Amor!, la trinidad del estro;
¡Dios, Patria, Amor, el alma de la historia!
El numen siga, vencedor y diestro,
las gigantes jornadas de la gloria.

Cante a la luz y al que extendió los cielos
como una inmensa clámide de estrellas,
que de la noche descolgó los velos
y encendió de la aurora las centellas.

Cante el propio solar, la blanda cuna,
la lumbre del hogar que luce apenas,
las veladas al rayo de la luna,
los blancos lechos y las dulces cenas;

y el amor y la paz del campesino
alar, las sendas siempre recorridas,
el regreso a las horas de divino
reposo, aunque distantes y perdidas;

la madre, aquel prodigio de ternura,
el padre austero, el cariñoso hermano,
le heredad— un compendio de ventura,
centro y calor del corazón humano;

naturaleza hermana: el limpio río
que a nuestros pies se arrastra entre las cañas,
el viejo saucedal junto al sembrío
y al confín las graníticas montañas;

las puras emociones, las intensas,
y el respirar en las sublimes cumbres,
mar y cielo medir y sus inmensas
extensiones de sombras y de lumbres.

Y el más allá que cae a lo invisible,
do, a una estrella de luz desconocida,
nos aguarda lo trágico y terrible,
lo sin fondo, sin linde y sin medida.

Así el arte será todo el misterio
de la humana pasión, la vida entera:
del arte el vasto universal imperio
y su destino y gloria verdadera.



IX

Arte sin rumbo

Cantor bravo, ¿tú para qué vienes?,
¿a la nueva canción, para ludibrio
del arte, tú que en la ascensión no tienes
ágil el alma, firme el equilibrio?

Que el alma es libre, que la vida es libre,
libre la antena que se ensaya al viento,
que no hay átomo errante que no vibre,
que cadenas no tiene el pensamiento;

que se debe volar sobre los montes
y saltar las doméstica murallas,
ensanchar los cerrados horizontes,
romper las cercas y abatir las vallas;

y después en crepúsculo sombrio,
con lengua extraña y discordante frase,
cantar en la inquietud del desvario,
con un son que en chirridos se deshace. . . .

¡Blasfemia a la alta majestad del canto!
¿Cómo trocar la límpida armonía,
la grácil nota y el discreto encanto
en esa impenetrable algarabía

de pájaros extraños de mil voces,
de rimas locas y de ritmos huecos
que en vértigo febril de alas veloces,
pueblan la tierra de insonoros ecos?

Y tanto ardor de juvenil vehemencia—
verdura sin raíz, flores de un día—
truécense en languidez de la demencia—
meta fatal de estéril fantasía.

¡Epilepsia del canto, paroxismo
de la lira la historia, que al profundo
se asoma de la boca del abismo:
¡insulto a Dios, a la belleza, al mundo!

Mas, del arte el delirio no perdura:
que nunca el genio en la labor declina;
y tornará la espléndida hermosura,
serena cual la majestad divina.

Y muertos los juglares de la estrofa
y olvidadas las farsas de su fiesta,
vendrá otra vez, tras vengadora mofa,
el noble acorde, la sabida orquesta,

de aquellos inmortales pajarillos
que poblaron las selvas de armonía,
en la dorada edad, con los sencillos
ritmos de encantadora poesía. . . .

X
Cantemos

El arte de la vida timbre y gala,
éter en que la luz sus ondas mueve,
nostalgia de áureas lejanías, ala
que tembladora a lo inmortal se atreve.

No lo encuentra y conoce que en estrechos
moldes lo encierra, ¡singular empresa
aprisionar lo que en humanos pechos
no cabe: de las almas la grandeza!

El genio en gigantescas ascensiones
llega a la excelsa cumbre de las cumbres,
donde se nutren altas creaciones
y el sol del ideal lanza sus lumbres.

¡Ah si el genio no alienta en vuestro seno,
si no sentís su convulsión suprema,
si no es vuestro el relámpago y el trueno,
para luego cantar, ¡sea anatema!

Sólo al llegar la chispa inspiradora
que enciende, cuando en emoción gigante
el alma siente que ha venido la hora
de gracia y gloria, vuestra lengua cante.

¡Cantad, hermanos, con el ala abierta,
tendida al viento en la extensión. En tanto
que cantáis, va la humanidad despierta
escuchando el estrépito del canto.

De otra tierra de sol y de otro puerto
de luz, venid como la vez primera.
La primavera del laúd no ha muerto,
vosotros sois la eterna primavera.

La fe que sueña y llega, la osadía
del alma, sus incógnitos anhelos:
eso es la inspiración, la poesía,
ave un momento ausente de los cielos.

Volad en la amplitud; allá se esfume
vuestra ala celestial, barca de ensueño
que de la vida sois siempre el perfume
que en holocausto sube hasta su Dueño.

Del castillo interior parte la ruta,
la ruta de victoria, la que lleva
al bosque y a la fuente y a la gruta
del arte engendrador de vida nueva.

No inquiráis de otras almas el misterio,
id al fondo también de vuestras almas:
el imperio es aquel, el vasto imperio
do están vuestras tormentas, vuestras calmas.

Traslada a las líricas estancias
la ingenua intimidad: de las orillas
del lago del recuerdo resonancias
y del país soñado maravillas.

El sentimiento, la pasión intensa
que en el signo desbórdase sincero
la atmósfera es y la extensión inmensa
do el genio nutre su pulmón de acero.

¿Podrá vagar la fantasía errante
allá por las perdidas nebulosas,
alcanzará a fijar, en el distante
vacío, el cuadro vivo de las cosas?

Ante aquellas visiones de liviana
belleza, nunca la emoción que crea,
vendrá con forma plástica y humana
plenitud, en el arte, de la idea.

Mas, sin miedo, tentad no holladas vías,
de la ilusión en círculos y esferas,
seguid por ignoradas travesías,
rompiendo el valladar de las fronteras.

Allí está la llanura de los cielos,
de los ensueños la pradera verde;
el alma allí con místicos anhelos
en los senderos de la luz se pierde.

Y así el cuadro trazad, siempre copiando
los prodigiosos, múltiples matices
de dos mundos: el visto, el que soñando
ansiamos los proscritos infelices

de una patria no hallada y presentida,
de una ilusión cual realidad buscada,
de una vida que casi no es la vida
y de un amor a una imposible amada.

También la sana risa, la clemencia
risueña del ingenio, de la gracia
la amable farsa, la moral sentencia,
del arte la indulgente aristocracia.

Es la risa el espíritu sublime
que ha visto el ideal, y la esperanza
de la mezquina realidad redime
con el blando perdón de la belleza.

Y hallaréis el secreto: la palabra
forjada al yunque, el vigoroso hechizo
que la emoción en la cantera labra,
de la expresión el término preciso.

Pero no en la espiral de la caída
como saltando en la movible cuerda,
la inspiración para regir nacida,
de su progenie la grandeza pierda.

Aérea nave que jamás naufraga,
el genio siga el triunfal camino
de lo infinito; en sus oceanos vaga
él en pos del dorado vellocino.

Nunca la inspiración fue la demencia,
sino la flor que el resplandor anima,
y de la realidad y de la ciencia
nace, mas siempre cual la flor, encima.

Y no del cáliz el estambre de oro
entrega al loco revolotar del viento;
pues tiene la grandeza y el decoro
de su gran creador, el pensamiento.

Y color y armonia... El cuadro vivo
que diseña gallarda fantasía,
mezclando el toque de la sombra esquivo
a las caricias del amor del día.

Y así luz, ¡siempre luz!, que derramada
en cielo, tierra y mar, es alegría:
el alma del paisaje, la encantada
visión de ilimitada poesía.

Y la sombra también con sus escalas
de suave tinta y tonos indecisos,
fondo de todo: sus oscuras alas
guardan de la beldad los paraísos.

Y combinad del iris los reflejos
con el pincel que la ilusión aviva,
lo lejano acercando y a lo lejos
extendiendo la hermosa perspectiva.

Y en acordes de limpidas corrientes
la música sutil la estrofa anime,
la música que brota de las fuentes
del misterio interior hondo y sublime.

Y canto y verso en uno confundidos
y el idioma y el ritmo un alma sola,
idea, forma, imágenes, sonidos,
sean cual són dos olas, en una ola.

Y sea el arte como el orbe grande
y sea cual su espíritu fecundo,
que resplandece, llena y que se expande
como la luz y el aire por el mundo.

¡A cantar aguardemos, vigilantes
en esta noche de inquietud suprema,
por la emoción los pechos palpitantes,
en los trémulos labios, el poema.

De la tiniebla en el espeso manto
ya se dibuja la primera lumbre;
va a despertar la excelsitud del canto
cuando se eleva el sol sobre la cumbre.

En otra edad dorada, nuevo coro
la estación nos dará de la armonía,
la nota espiritual y el ritmo de oro
de la divina, inmensa poesía.

EL GENIO

Del laurel la simiente
del viento en alas vino,
quizá de Grecia antigua sonriente,
o del solar latino.
Y el austro en la pendiente
le arrojó de unas áridas colinas,
donde la ortiga es mirto de la frente
y rosas las espinas.

Airecillo bravo
volcó el polvo que rueda en el desierto
sobre el divino germen, que, en el frío
hinchóse con el llanto del rocío,
y brotó casi muerto....

Pimpollo de esmeralda,
nacido sin fortuna,
del monte oscuro en la agrietada falda,
sin el ardiente sol que le nutriera,
languidecía al rayo de la luna:
la noche su amor era....

*
* *

La negra boca del paisaje al fondo:
allí y doquier el cardo y el espino,

debajo el abismo hondo,
encima el cielo, pabellón divino
que cubre todo: la desnuda cresta,
las graciosas praderas, el marino
golfo y la soledad y la floresta.

En un puño de polvo de la peña,
como luchando por huir al cielo,
ser imposible que imposible sueña,
el árbol mustio se encadena al suelo.

La rama al viento inclina
que suena como cuerda gemidora;
y sobre el tronco siente aguda espina,
y le abraza la ortiga punzadora.

¡Y cuan oscuro el día
para él, de los vergeles habitante!,
cuán profunda la noche en que moría
de nostalgia, de frío, en la distante
tierra donde la luz es gris y fría
y el sol agonizante.

Llega viento aromado:
de la patria tal vez, de Grecia hermosa,
de los latinos campos, del dorado
pais del sol y del amor. Quisiera
el árbol de los dioses la grandiosa
frente ceñir, llenar la fresca brisa
de aroma y ritmo eternos. . . . Mas, espera
en vano. Cierzo enfermo se desliza,
hiela sus ojos: no la primavera
llega a aquel pardo suelo
que la risueña flor nunca matiza,
y jamás mira con piedad el cielo.

*
* * *

Es la hora del crepúsculo sombrío,
La atmósfera invernal viste de luto.

Naturaleza esconde en sus entrañas
misterios de dolor. El cierzo frío
sopla en el árbol del olimpo enjuto.
Desde la montaña alta,
rueda el guijarro a herir su rama mustia;
que en convulsiones se estremece y salta;
y el árbol siente la suprema angustia
del instante fatal.

Allí a lo lejos,
cárdeno el sol en brumas se sepulta,
y sus tenues reflejos
la informe masa de la sombra oculta.
Un instante tan sólo. . . . El ancho monte,
rasga su seno hiriéndose le frente:
un mar de polvo cierra el horizonte:
y Dios sacude al mundo. . . . ¡El terremoto!
Inclina cual coloso omnipotente
la inmensa cordillera: cae roto
el alto pico, y atronando el eco,
rueda en la agitación del paroxismo;
y con estruendo retumbante y seco,
baja al abismo, se hunde en el abismo.

Y el sacro árbol de Apolo, en la postrera
y dolorosa tarde de la vida,
siente quizá venir la primavera,
nunca llegada, siempre apetejada. . . .
Naturalmente agítase cual loca,
¡y oh minuto maldito,
rueda del monte desgajada roca
sobre el laurel, ese infeliz proscrito. . . .

Arbol de Apolo, agonizante rama
de la eterna, divina poesía,
naciste donde la divina llama
no prende, donde ni se siente ni ama;
¡y te aplastó catástrofe sombría!

* * *
De las almas de estirpe gigantea,
Genio, misterio y soplo de los dioses,
cumbre del pensamiento y de la idea,
de ilimitado espacio alas veloces,
en las tinieblas encendida tea;
desgraciado de ti si el Hado adverso
te arroja entre guijarros! Sin fortuna,
¿a qué trajiste a la penumbra el día?
En el postrer rincón del universo,
es tu doliente lámpara la luna,
y tu canto la estéril elegía.

En vano el cielo encima resplandece,
en vano rueda en irisados hilos
la luz, cuando la ortiga en torno crece
a los pies hieren los tajantes filos
del árido peñón....

Genio doliente,
en una ingrata tierra peregrino,
tentaste alzar la coronada frente,
y saludar al mundo, y el camino
abriste al grande aplauso....

¡Pero en vano!
Cielo de plomo a tus espaldas pesa;
y tu canto de pobre soberano,
clamor, himno o gemido,
se hunde en la sepulcral Naturaleza
y en el callado abismo del Olvido....

LA MUERTE DEL LEON

En la caverna oscura, el grande, el fuerte
sólo la muerte aguarda,
¡el rey de los desiertos!, y la muerte
a sus rugidos tarda.

Ya no el sol africano
en su pupila como brasa alumbra:
en el pesado sueño del verano,
es de la edad que acaba la penumbra.

¡Ay! que doliente y ciego,
ya no las osadías
siente y el fuego, el indomable fuego
de juveniles días.

Adusto y solitario,
el león la melena
sacude: es el sudario,
para su tumba, en la caliente arena.

Y su garra crispada,
que gobernó a las fieras del desierto,
sobre la arena horada
su tálamo de muerto.

Y su grito— no el grito
clamor de tempestades
que turba lo infinito
de aquellas soledades,

es la solemne queja
que surge al estertor de las entrañas,
y en los ecos se aleja
por el límite azul de las montañas.

Y se oye allá, un rumor. Son los clamores
de peregrinas fieras:
los lobos aulladores
invaden del desierto las fronteras.

Siente el viejo león en las oleadas
de su ignea sangre que su furia late.
Si ha de morir, ¡que en épicas jornadas,
sucumba ensangrentado en el combate!

A la riña se apresta,
la garganta de acero levantada,
la regia frente enhiesta,
la lengua como espada.

Y al invadir los lobos en la gruta,
se oye el rugido que los campos llena.
El león ciego con la lengua enjuta,
la soledad atruena.

¡Lidia tenaz! Los lobos montañeses
cabalgan sobre el rey de los desiertos,
que cien veces herido, otras cien veces,
los postra luego sobre el polvo muertos....

Y otros acuden, y el león rugiendo,
se alza en alto, con ellos coronado—
¡su diadema de sangre!— y con estruendo,
rueda por fin el adalid postrado.

Sus colmillos gastaron los aceros,
en los asaltos; su broncinea garra
que destrozó los lobos extranjeros,
no ya sus carnes en la lid desgarras.

Y por la vez postrera,
lejos lanzando al lobo que le hiere,
lamiendo sus heridas, la gran fiera
vacila, cae, muere....

En las rubias arenas
del desierto africano,
asomarán deshechas las melenas
de su rey, de su dueño y soberano....

Luego, en aquellos arenales rojos,
restos de hambres, envidias y rencores,
sus huellas blanquearán, tristes despojos
de los plebeyos lobos aulladores....

¿Quién en Africa reina? Ya no asoma
el rey de las arenas, ¡mudo estrago
de codicia y venganza! Postro Roma
al león de Cartago....

LIBERTAD O MUERTE

Trae la nave un águila, presente
de cierto potentado del Oriente
que a otro la envía. ¡Obsequio soberano!
¡un águila real!, ¡En la sombría
herrada jaula, su mirar lucía,
profundo y triste, cual mirar humano.

Al balance del barco, ella inclinaba
sobre el cuello la frente, que soñaba
talvez, cuando las ondas en la playa
del mar plañían fúnebres lamentos.
Eran quizá de los nativos vientos,
que llegaban de allá del Himalaya....

Fue en la traidora tumultuosa empresa,
cuando un rey en los montes la hizo presa;
su ala quedó sangrando, dividida.
Aún, ebria de luz, con la mirada
desafió al cazador; aún airada
golpeó sus manos con el ala herida.

Cuando bonzos y pajes y doctores
tentaban sus heridas, los dolores
no amortiguaba el bálsamo que ungió
su carne rota en vano.— Como ella
decían, no hay un águila más bella—;
y el águila a morir languidecía.

¡Qué de veces el águila valiente,
resistiendo al martirio largamente,
sentía una amplitud como de ensueño,
desplegando las alas; las que abiertas
de la jaula enredándose en las puertas;
¡estéril ambición, trágico empeño!

Luego el ave, sombría, pensativa,
en solemne actitud, mártir, cautiva,
terror de viles, simbolo de bravos,
pedir la muerte parecía ¡Muerte
única redención que encuentra el fuerte,
si le han vencido imbéciles y esclavos!

Pide la muerte a Dios o el cataclismo,
la vorágine inmensa del abismo,
los dramas de los aires; con un grito
morir, heroico grito soberano,
o hundirse con estruendo en el oceano,
como astro que lanzara el infinito!

¡Libre morir, tentando la victoria,
y con las alas, pabellón de gloria,
teñidas por la luz que en ondas baja,
con el ciclón que al estallar retumba,
buscar al fondo de la mar la tumba
y la cambiante espuma por mortaja!

En tanto, melancólica, cenceña,
como gigante lánguido que sueña,
contempla a veces el revuelto oceano,
con la mirada ardiente y delirante
con que retaba a César triunfante
el moribundo gladiador romano.

El Capitán, un día, lisonjero,
dicele al vigilante carcelero
del águila real: —De luz concede

un instante a aquella ave moribunda:
quizás un rayo de esa luz fecunda
devolviendo el calor, salvarla pueda.

Mano piadosa al puente de la nave
sube la jaula. El hálito suave
del día, el blando resplandor nevado
siente y tibias caricias de la lumbre,
y abre las alas ya como en la cumbre,
las alas, abanico iluminado.

Y la mar ruge en torno del navio;
y lejos, en el límite sombrío,
do en cielo y mar se cierra el horizonte,
las nieblas matutinas, ondulantes,
son en sus varias curvas, semejantes
a largos flancos de empinado monte.

—Abrid la puerta a su prisión, clemente
ordena el Capitán: —Es suficiente
el vasto mar para impedir su vuelo.
La inmensidad así su cárcel sea;
en vano su ala herida en la pelea,
tentará desplegarse para el cielo—

Cuando se abre la puerta, cual tormenta
su libertad, cual tromba que revienta,
mueve las alas; y a volar se atreve
el ave: postra en polvo al carcelero;
y grito vengador lanzando fiero,
los grandes remos majestuoso mueve.

¡Y lucha en vano! La agonía llega,
y en el delirio a convulsión entrega
las alas en el vuelo postrimero.
Lánzase arriba en impetu gigante;
y en la lenta ascensión, ya vacilante,
cruje aún de sus nervios el acero.

Detiéndose un momento, levantada,
cual solitaria vela, iluminada
por el último sol; ¡morir a solas,
pero morir en libertad. ¡Con brio,
mirando el sol en fiero desafío,
húndese en lo profundo de las olas!

EL CAPITÁN DEL SIGLO

EL CAPITAN DEL SIGLO

Cuando, rebelde, nuevo Prometeo,
el Capitán del Siglo
agoniza en la roca a los estruendos
del Atlántico abismo,

las águilas—! las águilas
del imperio y la gloria!— llegan, desde
las conocidas playas
do aún la tierra nutre los laureles.

Y moribundo el Genio,
más grande que su siglo,
siente al morir calor de un universo:
el cielo y el abismo.

Bonaparte quisiera
que lleve alguien a Europa sus clamores,
a no dar a los ecos de otra tierra
la última, la alta voz de sus adioses.

Y que las grandes águilas,
las imperiales águilas, su espíritu
lleven, con el estruendo de las alas,
por toda la extensión del infinito....

Las águilas sacuden
ya sus remos de acero,

para surcar el cielo, las azules
ondas: el mar, la tierra y el desierto.

Dejan la roca agreste
del muerto Prometeo, a la distante
soledad se adelantan y detienen
en las altas Pirámides.

Y desde allí contemplan lo pasado,
las razas, los imperios fenecidos;
y oyen que los leones de Alejandro
responden de las águilas al grito.

Mientras allá en Europa
afila el leopardo sus rencores;
y príncipes del cielo, su victoria
cantan también los miseros halcones.

En las tibias riberas
de la divina Francia,
huérfana del honor, los ecos llena
la estridente canción de las cigarras.

Mas siempre en lo infinito, en el oceano,
en las moles que cierran el desierto,
símbolo de grandeza, en el ocaso
del mundo !grande conjunción del genio!
cuando en la historia, en sus revueltos campos,
se citen los gigantes los imperios;
al rugir los leones de Alejandro,
las águilas de Francia con el vuelo
circularán los continentes vastos,
tentarán la conquista de los cielos.

VIDA

En la larva la oruga palpita,
y a la luz que deshace la sombra,
cual destello del iris fecundo,
cual prodigio de amor de la aurora,
se despierta y despliega las alas
feliz mariposa.

¡Primavera! Inmortal primavera
que nunca se agota!
Se renueva y renace la vida;
del amor las simientes que brotan
en el polvo, en el átomo guardan
la centella inmortal creadora.

Mariposa, embriagada de lumbre,
canta el himno de amor: ¡Mariposa!,
el amor es su muerte: su muerte
es nido en que brota
el enjambre de orugas aladas,
donde el iris y el cielo se copian.
En la muerte palpita la vida,
cual se esconde la luz en la sombra.

De ceniza de insectos dorados
nació la amapola,
con la altiva cerviz coronada
de clámides rojas...

de la muerta amapola en el seno,
los cínifes brotan,
con sus alas de nácar y de oro,
de púrpura y sombra,
para luego cantar sus amores
a la nueva gentil amapola.

¡Polvo humano, que al polvo te mezclas,
al seno al fin tornas
de la tierra, que amó primavera
con pasiones eternas y locas!
¡Polvo humano, en tu seno, las flores,
con rocío de lágrimas, brotan.

¡Oh mortal, son tus hijas, las flores
que dejaste en la madre que adoras!
Primavera que pasa y que vuelve,
que muere, que torna:
sucesión de la nieve y el fuego,
de luces y sombras.

Que la vida al amor resucita,
que salta, que brota,
con la luz de los cielos que engendra
en la nada: gentil creadora
de almas, astros y flores:
universo que nunca se agota.

ADORMIDERAS

La flor lánguida y triste,
la flor de destrenzada cabellera
su leve tela viste:
¡pálida adormidera!

Bajo la tela leve,
adentro de sus húmedas entrañas,
guarda el licor aleve
de las ansias extrañas.

De la negra simiente,
que se esconde en la frágil envoltura,
brotó el néctar doliente
del sueño, la ilusión y la locura....

Simbolo al cabo de la humana suerte,
del hombre inseparable compañera,
encima seda y oro, adentro muerte:
¡flor de la Humanidad, adormidera!

La frágil flor del olvido
con sus corolas deshechas,
es como urna de alabastro,
como un capullo de seda.

Es la flor que resucita,
la inmortal adormidera;
pues si caen sus corolas
y sus estambres de seda;
negros en su cáliz seco
los traidores granos quedan:
los que el licor del ensueño
dan a los labios que imploran
simientes de amor, de muerte,
que desconocida esencia
da a los labios que imploran
para el amor otra tierra.

A quien fue herido en la sombra,
al que mató la tristeza,
pues comió amasado en sangre,
el pan de su pobre mesa,
dadle el licor del ensueño,
cubridle de adormideras,
las que dan las embriagueces
de matadoras esencias.
Es la muerte de la muerte,
el pan del que nada espera,
y en las corrientes se arroja,
las que no tienen riberas,
para llegar al oceano
sin fondo de la tristeza.

LA ROSA

Abrió como dos alas
sus pétalos de nácar primorosa.
La plenitud sintiendo de sus galas,
se alzó en el tallo la fragante rosa.

Insecto enamorado

sobre su seno de marfil se posa;
se siente en otra vida transformado,
y truécase en brillante mariposa.

La mariposa triste
muere al nacer: su amor le abrió la fosa.
De sus nativas pompas se desviste
también la linda, enamorada rosa.

Al fin, llega la araña,
y sobre la corola primorosa,
la mortaja con tela de su entraña,
teje a la muerta rosa.

LA MUERTE DEL CIERVO

El tierno cervatillo era en la granja
nuestro hermano en los juegos! Piel la suya
de blando terciopelo, tembladora
en eléctricas ondas, gris y blanca;
en arco alzado el arrogante cuello
con rústica altivez; como en atisbo
de perfumes y vientos de la selva
abierta la nariz; negros los ojos
cual de bruñido acero relucientes;
los leves cascos de ébano brillantes,
prestos a la emoción de la carrera!
¡Gallardo el morador de la espesura,
que atado, un día de la selva vino,
atado en tierna esclavitud: aquella
que nuestro amor le diera, ¡cervatillo!,
su esclavitud fue nuestra dicha...!

Todos
en cerco de caricias le pusimos;
y con él nos tendimos en la yerba,
a su cuello abrazados: entre tanto
la bestia hermosa levantaba al cielo
los ojos suplicantes, encendidos,
como pidiendo al cielo le devuelva
la libertad del dulce paraíso.

que no lejos sus verdes enramadas
en el agreste limite extendía....

¡Cuanto tiempo ha pasado! Fue aquel tiempo
de edén en flor, de encanto! El ciervo hermoso
con nosotros creció: con él jugando
en el patio saltábamos; él era
de todos disputado favorito,
que arrogante la testa levantaba,
y soberbio, golpeando el suelo, abría
las húmedas narices, imponiendo
el señorío del amor.

Un día,
pusimos en su cuello la cadena
de hierro, señal dura de constante
esclavitud. El montañés esclavo
lamió y besó la mano a sus señores.
Las horas empujaron la corriente
adelante, adelante.... Ellas que nutren
el ardor de la savia que la yema
cuaja para el capullo, de las sienas
de nuestro hermano resurgir hicieron
núbil botón de la gentil diadema;
la que después magnífica en su frente
se elevará cual del laurel la rama.

Pero él huía en fuga cautelosa
algo buscando en la floresta, cuna
de su vida y ternura: adolescente
ama volver a la escondida gruta,
a la pradera en flor, que en sus pupilas
quedan en las imágenes intensas.
Mas tornaba a la hacienda, y a la tarde
saltaba en el umbral, para lanzarse
al caliente regazo, a las caricias
que al fugitivo ingrato preparaba
la caterva infantil; yerba aromada

y corolas de rosas, agua dulce
de la doncella en la nevada mano
y el beso del infante, que en el cuello
se colgaba, goloso de los labios
negros de aquella bestia tentadora,
agreste, inquieta, esquiva y adorada.

¡Cada vez más huracán y ya sombrío,
asomado al ribazo, en la espesura,
se paraba a mirar, tenaz y triste
a alguien que le llamaba, que en el bosque
le mostraba la faz tras los alisos.
Una mañana, a la primera lumbre,
le sentimos saltar: nunca tan presto
lanzado se hubo al tentador retiro
de la vecina selva.

Presentida

fue ya su libertad. ansia impetuosa
de plenitud, de amor, de paraíso,
que tiene un nombre más —Naturaleza—

¡No vuelve! Adiós ¡—Viene la noche y nada!
viene otra noche y otra: qué agonía!
La ausencia, aquella hermana de la muerte,
mostró su hirsuta faz en nuestra casa,
por la primera vez. Lloramos tanto,
hasta que el sueño bienhechor secaba
las lágrimas; y en sueño, aparecía
el amado, el ingrato; de su cuello
pendientes, le decíamos llorando
blanda reconvección....

Aún en mi alma

presente está el recuerdo de esa tarde,
de esa noche; del día en que fue cierta
su ausencia ya, su ingrata despedida.
¡Pobrecito! Quién sabe! ¿Muerto habría
en las garras del lobo? ¿Y un disparo

no se escuchó a lo lejos? ¿Cayó al plomo
de aleve cazador? ¿Quizá los perros
que ladraban ayer en la espesura
abatieron al ciervo en la carrera?
Respondía el silencio: aquel silencio,
idioma de la ausencia y de la muertr.

¡Cuántos años después! Ya los mancebos
de los primeros tiempos la jornada
rendido hubimos de la vida loca
que hasta acabar se empuja y se dispersa.
En los cabellos do esplendía el rayo
de alborada gentil, ceniza, polvo,
nieve; en los labios, manantial de risa,
la enferma palidez de los hastios
de tanto goce y gloria mentirosos.

Fuimos un día a la desierta granja,
los mismos, casi todos los que un tiempo
corriendo por las verdes praderias,
y la intrincada senda de los bosques
llenábamos las horas. Allá fuimos
con armas y peones y lebreles,
para la caza: esa emoción caduca,
tenaz, como la guerra, fiesta horrenda
que el hambre sacia de la fiera humana.

En espera, tendidos en la grama,
mirábamos la entrada de la selva.
El lebrei acechaba, los corceles
dormitaban cansados. En la linde
asomó, como flor de la espesura,
rubia como el trigo, la corza bella.
Mira en travesía espectación, galopa,
se para aquí y allá, cual demandando

a alguien amparo; avanza disparada,
ya perdido el instinto, hacia nosotros.
Se tiende el arma en la segura mano
del diestro cazador; el arma estalla,
a tiempo que otro ciervo gris y blanco
salta junto a la cierva; y él con ella,
en apretado haz, saltan heridos,
y ruedan en la alfombra de la grama
que se cubre de flores, las de sangre:
¡trofeo y gloria de la humana fiera!

Corrimos al botin de la victoria.—
¡Doble triunfo al cazador!, la inerme
pareja yace allí: la cervatilla
muerta ya está; y el ciervo agonizante
que el ramaje estremece de sus astas,
que nos mira y se queja, con la ardiente
llamarada postrera de sus ojos,
¡es él!, el mismo hermano de otros días
de amor y paz, cuando éramos tan buenos!
¡La cadena de esclavo al cuello llev!
Hasta su amada, el caso adivinando,
¡fuese por ella y a morir con ella!
Nos mira, nos conoce, nos acusan
sus ojos sin fulgor, que no rechazan
darnos de su mirada de agonía
el último destello ¡Nos perdona!
Lame mi mano, y en mi mano queda
la humedad de su aliento!

Generoso
él nos dejó: siguió a su compañera.
¡Por ella ha muerto! y estas duras manos,
que cortar debe el Cielo, le han quitado
con el amor la vida. . . . ¿Quién castiga
a las humanas fieras, que así empapan
en sangre la inocencia de la tierra? . . .



INMORTALIDAD

La concha hija del mar, para él nacida
en las grutas recónditas, oreja
palpitante y gentil y estremecida,
guarda, en el fondo de coral, la vieja
canción del mar, ese himno de la vida.

De la vida remota y la futura,
que en blandas o terribles convulsiones,
se aduerme con espléndida tersura,
o asciende en torbellinos a la altura,
al gigantesco hervor de los ciclones.

Presto, mansa la ola a la ribera
la concha roja y blanca —urna divina—
lanza sobre la arena que la espera:
y allí queda escuchando lastimera
la concha el son de la canción marina.

Y recorre después tierras extrañas,
arrancada a su pristina fortuna;
la suben a la sierra, a las montañas.
Mas ella guarda siempre en las entrañas
las dulces melodias de la cuna.

Allegad a su trompa vuestro oído:
dentro se escuchan músicas serenas:

algo como la nota de un gemido,
de la nostalgia el ritmo no perdido,
la caricia del mar a las arenas.

¡Es el recuerdo!, el dulce sentimiento,
que es la perenne voz de la Belleza.
Perdido el bien, nos queda el blando acento
del ritmo amado: el inmortal lamento
que en consuelo nos da naturaleza.

¡Si un día no lejano (y no se trueca
en polvo mi cerebro), en aquel día,
de mi cabeza en la pelada y seca
cavidad, urna cineraria y hueca,
arrullará mi amada poesía!

¡Memoria de otros tiempos, eco triste
de la vida tenaz, del Bien supremo,
alma inmortal que en el clamor existe;
lo que no acaba nunca, y que subsiste
por el Amor y el sentimiento eterno...